



Usted es una fresca, **Brigitte**



KEITH LUGER





DANIEL
SILVESTRE

BRIGITTE
RUFFEL

altavira



KEITH LUGER

USTED ES UNA FRESCA, BRIGITTE

Colección SERVICIO SECRETO n.º 922

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
- RIO DE JANEIRO

Depósito legal B 5267 – 1968
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: abril, 1968

© KEITH LUGER - 1968
sobre la parte literaria
© RAFAEL CORTIELLA – 1968
sobre la cubierta
© ALTAMIRA - 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.058 — Una pelirroja y cien mil dólares.

En Colección SERVICIO SECRETO:

912 — El sádico de Boston.

En Colección BÚFALO:

750 — Después de diez años.

En Colección SALVAJE TEXAS:

622 — El mejor gatillo de Arizona.

En Colección KANSAS:

511 — Una lápida para Riley.

En Colección BRAVO OESTE:

363 — Rodando hacia el infierno.

En Colección PUNTO ROJO:

308 — Una ráfaga de plomo para Beethoven.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

148 — Más difícil todavía.

En Colección CALIFORNIA:

600 — La risa diabólica.

En Colección ASES DEL OESTE:

465 — Ayúdame, pistolero.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

263 — Leyenda de una mujer muerta.

En Colección COLORADO:

534 — La venganza de Jimmy Juma.

CAPÍTULO PRIMERO

ERAN las siete de la tarde y yo estaba ocupado en mi trabajo favorito.

Atendía a una rubia.

No vayan a creer que se trataba de una rubia cualquiera. Era Anne-Marie Servan, una muchacha que acababa de ganar el concurso “Las mejores piernas de Europa”.

Yo había querido saber si el título era merecido o lo había ganado por recomendación.

Les juro que todo estaba en orden. Yo le había dado otro título. “Las mejores piernas del mundo”, con permiso de los americanos.

Bueno, los americanos no me iban a exigir nada, al menos hasta que solucionasen lo del Vietnam, y eso iba a ser cuestión de cien o doscientos años. Para entonces, todos estaríamos convertidos en momias.

Me llenó de tristeza mi pensamiento, ¿una monería como Anne-Marie Servan podía convertirse en momia?

La besé en los labios para convencerme de que seguía siendo un cuerpo sólido, y como no tuve bastante, le pasé la mano por la espalda y la volví a besar. Más sólida todavía.

La música era la adecuada. Frank Sinatra cantaba para nosotros. Ya saben, lo de siempre, “Extraños en la noche”.

Un día tendremos que dedicarle al bueno de Frankie un homenaje. Los tipos como yo le debemos un cincuenta por ciento de la atmósfera adecuada.

En ese momento sonó el teléfono.

Tendríamos que guillotinar al tipo que inventó el teléfono y que

contribuye a romper el cien por cien de la atmósfera adecuada.

—Está sonando el timbre —dijo Anne-Marie.

—¿Cuál timbre? —pregunté con los labios pegados a los suyos.

—Ese que está sobre la mesa.

—¿Qué mesa?

—Daniel, ¿quieres volver a la realidad?

Ya hacía rato que había vuelto a la realidad por culpa de aquel condenado teléfono.

Di un suspiro, alargué la mano y atrapé el auricular:

—Se equivoca, si pide un fontanero —dije a la persona que estuviese al otro lado.

—¿Fontanero? ¿De qué habla?

—Tampoco soy albañil.

—Oiga, ¿está por ahí Daniel Silvestre?

Ese era yo. Daniel Silvestre, detective privado. Cochina profesión. Uno se juega la piel y solo lo agradecen con unos cuantos billetes y, cuando se está con una rubia, alguien lo interrumpe en lo mejor.

—Sí, soy Daniel Silvestre —dije.

—Son necesarios sus servicios, señor Silvestre.

—¿Para qué?

—Se va a cometer un asesinato.

—Eh, ¿quién es usted?

—Eso no es importante ahora, señor Silvestre. Debe ir al 314 de la Avenida de Ankara.

—¿Quién vive allí?

—¿De veras no lo sabe?

—¿Por qué debería saberlo?

—Si leyese los periódicos sabría que en el número 114 de la Avenida Ankara vive la actriz Brigitte Ruffel Y no me diga que tampoco sabe quién es Brigitte Ruffel.

—No voy mucho al cine, amigo mío.

—Váyase al infierno con sus chistes.

Brigitte Ruffel era una de las más famosas actrices de Francia y del mundo entero. Había cautivado a millones de espectadores. Durante varios años los periodistas la habían seguido a cualquier

parte del globo donde ella pusiese los pies. Se había casado tres veces, y cada una de sus bodas había hecho gastar millones de cubos de tinta. Ahora residía en París, donde yo resido.

—¿Y quién va a asesinar a Brigitte Ruffel? —pregunté.

—¿He dicho que vayan a asesinar a Brigitte?

—¿Quién será la víctima entonces, tipo loco?

Oí rechinar sus dientes.

—Conque no me cree, ¿eh?, señor Silvestre.

—No, no le creo.

—Entonces va a perder la gran oportunidad de su vida, señor Silvestre, porque el asesinato se va a cometer y usted está perdiendo un tiempo precioso.

—Oiga, acostumbro a conocer el nombre de mis clientes.

—Esta vez no lo va a conocer.

—En ese caso, tendrá que buscarse otro detective, porque tengo un vicio. Acostumbro a cobrar.

—Usted va a cobrar.

—Oh, sí, claro. Papá Noel se va a encargar de mí en las próximas Navidades. Él me entregará un sobre con muchos billetes.

—No hará falta que espere a Papá Noel, porque ya tiene el dinero.

—No me diga.

—Examine el buzón de su correspondencia...

Luego se produjo un chasquido.

—Eh, oiga... —golpeé la horquilla, pero fue inútil porque la comunicación había sido interrumpida.

Me quedé pensativo.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó Anne-Marie.

Estaba encantadora. Había tomado su “Martini” y jugueteaba con la aceituna. Se la puso entre los dientes y me invitó a que la mordiese. La aceituna.

Pero aquel juego era peligroso. Si uno empieza a de acabarlo como es preciso, y yo no tenía tiempo para eso.

—Espera, nena, espera —dije y eché a andar.

Quiso hablar y se le escapó la aceituna de los dientes.

—Pero, Daniel, ¿adónde vas?

—Al buzón de la correspondencia.

—Entiendo, tu amiga te ha escrito.

—No, cariño, yo no mantengo correspondencia con mujeres.

—Claro, las prefieres al natural.

—Solo te prefiero a ti —contestó y salió de mi oficina.

Tengo tres habitaciones, una pequeña que sirve de sala de espera, un despacho con una mesa, un sillón giratorio, un tresillo y un archivo metálico. Y por último está la habitación en que discuto los asuntos más importantes, como el de Anne-Marie. Paso muchas noches en esa habitación y cuento con una cama empotrada. Una cama para una sola persona, no vayan a creer.

Bajé en el ascensor a la portería, donde estaban los buzones de la correspondencia.

Abrí el mío.

Había tres cartas. Dos de ellas eran de propaganda. La tercera abultaba un poco. La abrí y me encontré con dos mil francos.

Era un buen anticipo. ¿O debía considerarlo como un pago completo? También una nota. Había sido compuesta con letras recortadas de un diario y decía esto: “Investigue el crimen”.

Me rasqué detrás de una oreja. Según mi comunicante, el crimen todavía no se había cometido. ¿Era realmente un loco? Bueno, había una forma de saberlo. Yendo al 314 de la Avenida de Ankara.

De pronto recordé a Anne-Marie, tan mona, tan sugestiva, en el sofá, esperándome.

No podía despedirme así de ella.

Entré en el bar más cercano y marqué mi número.

Sonó dos veces el timbre antes de que atendiesen mi llamada.

—¿Sí? —oí la voz de Anne-Marie.

—Querida, soy yo.

—Daniel, ¿dónde estás?... ¡Si hace un momento saliste de aquí!

—Sí, querida, salí y no puedo volver.

—Entiendo, la traidora de la carta.

—No, cariño. No se trata de una cita amorosa, sino del puerco trabajo. Ya sabes un cliente. Volveré dentro de un rato, amor mío. En el frigorífico encontrarás lo que necesites.

Frank Sinatra estaba cantando una vez más su canción. Maldita

sea, él ponía el cincuenta por ciento y yo no estaba poniendo nada.
Perdóname, Frankie.

CAPÍTULO II

APRETÉ el timbre y en el interior sonó una orquesta.

El carillón de la casa era de los caros.

Se abrió la puerta y en el hueco vi a un tipo con mucho cabello, negro, fornido. Parecía un boxeador sonado.

—Tiene una buena filarmónica —dije y pasé por su derecha.

—Eh, usted, ¿quién es?

—¿Dónde está el muerto?

Pestañeó.

—¿De qué está hablando?

—Examiné hoy mi bola de cristal y en ella vi un fiambre. Estaba en esta casa.

—¿Se escapó de un manicomio?

—Todavía no me admitieron.

Sintió un repentino ataque de comprensión.

—Ya entiendo. Es un periodista.

No dije nada, porque no tenía nada que decir. Observé a mi alrededor. En el vestíbulo se podría haber jugado el final de la copa de Europa. Ya saben, la de fútbol, esa que se reparten entre el Real Madrid y el Inter de Milán.

Pero no vi por ninguna parte a Gento, ni a Mazada, ni a Jair, ni a Luisito Suárez...

—Va a salir inmediatamente de esta casa —dijo el boxeador.

—Todavía no, hermano. Le hablé de una víctima.

Otra vez pestañeó.

—Policía, ¿eh?

No le aclaré nada a ese respecto, porque preferí retrucarle.

—¿Dónde está la señora?

—En la piscina, pero no puede ir allí.

Vi la dirección que tomaban sus ojos al mismo tiempo que decía aquello, hacia la izquierda, y deduje que la piscina se ubicaba en aquella dirección.

Moví las piernas muy aprisa y él invirtió unos segundos en venir detrás de mí.

—¡Quédese ahí! —ladró.

Seguí adelante y me encontré en una terraza.

La piscina estaba en la parte posterior de la casa. Estaba oscureciendo.

Naturalmente, la piscina era apta para que en ella pudieran hacer su carrera los de Oxford y los de Cambridge.

—¿Lo ve usted? Aquí no hay ningún cadáver —dijo el criado llegando junto a mí.

—Conque no, ¿eh?... ¿Y qué es aquello?

Yo estaba señalando una silla extensible donde había un cuerpo humano.

Era una mujer que se cubría tan solo con un bikini. Estaba completamente inmóvil, los ojos tras gafas oscuras.

—¿Se da cuenta, hermano? —dije—. Ya ha dejado de respirar.

—No puede ser... ¡Dios mío!

Eché a andar rápidamente hacia la hamaca.

Cuando estuve más cerca, me di cuenta de que aquel cuerpo era un prodigio, la cintura, las piernas, lo del norte y lo del sur.

Sí, yo no tenía ninguna duda. Estaba ante Brigitte Ruffel, la diosa, la mujer que había encendido los corazones de millones de hombres de todas las razas, de los más diferentes sistemas políticos, la mujer que había sido agasajada lo mismo en Washington que en Moscú, lo mismo por los mormones, que por los mahometanos, y ya era un cadáver.

Me agaché sobre ella y le puso la mano en el corazón.

Era muy hermosa aquella parte que estaba por encima del corazón, una delicia.

Sonó un disparo.

La mano derecha de Brigitte se había estrellado en mi cara.

Me tambaleé.

—Eh, usted —le dije—. No puede hacer eso porque está muerta

Pegó un brinco y quedó de pie. Se quitó las gafas oscuras. Sus ojos eran negros, muy hermosos, provistos de sedosas pestañas.

Sus senos se aginaban tempestuosamente bajo la telita y amenazaban desbordarse.

Yo le dije:

—Deme un poco de tiempo para que encuentre un salvavidas.

—Pero, ¿quién es usted?

—Permítame que me presente antes de que me mande a la guillotina... Soy Daniel Silvestre y vine aquí en busca de un muerto.

—¿Eh...? ¿Cómo...? ¿Qué?

—Pero usted colea...

—Sergio, ¿qué pasa aquí?

—No lo comprendo, señorita Ruffel.

El criado tartamudeó:

—Te pago para que cuides de que en mi casa no se metan vagabundos.

—Pero él no es un vagabundo, sino un policía —dijo Sergio con notable lógica.

—Cálmese, Brigitte —le sugerí.

Me dedicó otra vez los cincuenta mil voltios de cada uno de sus ojos.

—Explíquese inmediatamente, señor Silvestre.

—Verá, yo estaba muy tranquilo en mi oficina, pasando a limpio con mi secretaria un trabajo atrasado...

Solté una maldición para mis adentros, porque habría llegado muy lejos en mi trabajo con Anne-Marie, si no hubiese sido por aquel tipo que se le ocurrió marcar mi número.

—Continúe —me recordó Brigitte pegando pataditas en el suelo con su pie derecho.

—Entonces fue cuando ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

—Un hombre me llamó diciendo que aquí se iba a cometer un crimen.

Cerró los hermosos ojos y los volvió a abrir.

—Sergio.

—¿Llamo ya a la policía, señorita Ruffel?

—No, todavía no. Lo que quiero preguntarle es si estoy dormida o despierta.

—Eso va a ser cosa mía —dije.

Di un paso hacia ella, la estreché entre mis brazos y la besé en la boca.

Fui tan rápido que no tuvo tiempo para besarme como lo hacía en las películas. Una lástima. Pero, en fin todo lo tuve que hacer yo.

Cuando la solté, se tambaleó, tropezó con la hamaca y cayó en ella.

La tempestad estalló con una violencia salvaje.

—¡Usted!... ¡Usted!... —exclamó—. ¡Usted es un atrevido!... ¡Usted es un antropófago!...

Sí, viéndola uno sentía deseos de convertirse en uno de esos negros que despacha de vez en cuando a una europea en el menú.

Sin embargo le dije:

—¿Es así como agradece mi colaboración?

—¿Su colaboración?

—Ahora ya sabe que está despierta, pero si tiene alguna duda... —di un paso hacia ella y Brigitte lanzó un grito.

El criado no reaccionaba. Probablemente no había visto aquella escena ni en la película más picante de Brigitte. Y allí no había cortes.

—¡Sergio, acompaña a este caballero hasta la puerta!

Miré a mi espalda para ver a qué caballero se refería.

—Si es por mí, me quedo —le sonreí con mi sonrisa para morenas estupendas.

—¡No puede quedarse!

—Si va a tomar los rayos ultravioleta, prometo verla solo de reojo.

—Señor Silvestre, le advierto que estoy esperando a mi esposo. Se refería al tercero.

—Tendré mucho gusto en conocerle —dije.

—Él no tendrá ningún gusto en conocerle a usted.

—Le aseguro que soy un tipo simpático cuando se me trata un poco.

—Señor Silvestre, mi marido es un hombre muy celoso y muy fuerte, cuando se encuentra con un hombre a mi lado que no puede justificar su presencia. ¡Esta conversación no tiene sentido! ¡No creo que sea usted detective! Puede ser un periodista, o peor aún, un fotógrafo. ¡Eso es, un fotógrafo!

Le enseñé mis manos vacías.

—No llevo una cámara.

—Hoy en día ustedes esconden una cámara en el sitio más insospechado.

Saqué mi paquete de cigarrillos.

—¡Ahí tiene la cámara! —gritó poniéndose las manos sobre el pecho—. ¡Y quiere sacarme un primer plano!

—En este paquete de cigarrillos, solo hay eso, cigarrillos —le contesté—. Se lo aseguro. Pero usted misma puede comprobarlo...

Miró el paquete de cigarrillos como si fuese un bicho raro.

Para su tranquilidad, saqué un pitillo y encendí con el mechero de gas.

—¡La cámara está en el encendedor! —gritó.

—Y duro con eso, Brigitte. No me desanime. Vine aquí para echarle una mano.

—Usted dijo que vino a meterme en un ataúd.

De pronto recordé que mi informante no dijo quién era la víctima.

—¿Sabe lo que le digo, señor Silvestre?

—Hable sin tapujos, querida.

—Usted pertenece a una organización de chantajistas.

—Vaya, menos mal.

—Lo acerté. Confiéselo.

—Quise decir que por fin se olvidó de la cámara. Pero tampoco está vez dio en el clavo. No, Brigitte, no soy un chantajista.

—¿Qué es usted, entonces? —exclamó, exasperada.

Saqué una tarjeta comercial de mi cartera y se la entregué.

—Daniel Silvestre, detective privado —leyó—. No dice nada

nuevo.

—Bueno, abajo está mi dirección. Y mi número de teléfono. No crea que lo tienen muchas mujeres...

—Qué modesto es usted.

—Ese es uno de mis defectos.

Creí que le iba a dar un ataque porque sus pupilas lo enviaron dardos.

—¡Ya basta, señor Silvestre! Y ahora adiós. Sergio, cuanto yo haya salido de aquí, saca a este hombre como sea. Dijiste que fuiste boxeador. Fue por lo que te contraté.

El criado levantó los puños.

—No se preocupe, señorita Ruffel, el señor Silvestre o lo que quede de él, irá a parar a la calle.

La actriz echó a andar.

Andaba muy bien, de maravilla. Sus piernas podían competir con las de Anne-Marie. Su cintura era preciosa. La publicidad no había exagerado un ápice acerca de Brigitte Ruffel, todo lo contrario, ahora estaba dispuesto a jurar que había sido una publicidad raquítica, teniendo en cuenta el original.

La vi desaparecer por una puerta, donde se leía: “Sauna”. En eso, un martillo pilón cayó sobre mi hombro. Era la mano de Sergio.

—Vamos, señor Silvestre. Ya terminó su ración de vista.

Di un suspiro.

Todo lo bueno se acaba pronto. Menos mal que hubo algo extra. Un beso.

—Seguro que no se lava la cara en lo que queda de año.

—Tú me confundes, Sergio. No soy uno de esos fanáticos y te lo voy a demostrar —le cogí la cabeza y le di un beso en la frente.

Fue entonces cuando oímos el chillido.

Procedía del lugar en donde había entrado Brigitte.

Eché a correr hacia la sauna.

Tropecé con Brigitte, a la entrada, y ella golpeó la espalda contra la pared.

Solo conservaba sobre su maravilloso cuerpo uno de los trozos de tela, el de abajo, y para tapar lo de arriba utilizaba las dos manos.

Estaba cubierta de sudor, los ojos desorbitados, daba diente con diente.

—¡Allí! —dijo.

No vi nada. Solo nubes de vapor.

Me aparté de ella y atravesé la nube.

Entonces descubrí al hombre junto a la pared, se cubría con un “slip” de piel de leopardo. Era un tipo muy fuerte, con cuerpo atlético, bien parecido, pero no podría presumir de bíceps, ni de pectorales. Le habían pegado un tajo en la garganta y por allí se había ido la sangre y la vida.

—¿Quién es? —grité para hacerme oír por Brigitte.

Su voz me llegó a través del vapor.

—Mi marido...

—¿Cuál de ellos?

—No sea estúpido. ¡El último!... ¡Michel!...

CAPÍTULO III

HABÍA una toalla colgando de una percha. La cogí y la arrojé a Brigitte.

—Ande, cúbrase con eso.

Se puso de espaldas y se rodeó la espalda y el pecho con la toalla.

—Estoy muerta de frío —dijo.

—Más muerto está Michel y debe estar a una temperatura de más de treinta grados.

—No sea macabro.

Sergio entró en la sauna.

—¿Qué ha pasado?

—Echa una mirada ahí, boxeador —dije.

Atravesó la nube de vapor y oímos su voz.

—¡Dios mío! ¡El señor!... ¡Y lo degollaron como a un cerdo!

Era un tipo muy poco exquisito.

Él se encargó de cerrar las llaves y la nube de vapor se fue disipando poco a poco.

—¡No quiero volverlo a ver! —gritó Brigitte y salió de la sauna.

Yo fui detrás de ella.

Entramos en la casa.

—Me reúno enseguida con usted —dijo—. Prepáreme un whisky, ¿quiere? El bar está a la derecha.

—Quisiera hablar cuanto antes con usted.

—Tengo que vestirme, ¿no le parece?

—Por mí puede quedarse así. Está muy mona.

—Señor Silvestre, ¿necesito recordarle que me acabo de quedar viuda?

—Oh, sí, perdone. Lo siento.

—No lo diga de esa forma o le tiro algo a la cabeza.

—Entonces vaya a taparse.

Desapareció por una escalera y yo me dirigí al bar. Me preparé una buena ración de whisky y después de hacerla desaparecer en mi seca garganta escancié en dos vasos.

Sergio entró tambaleándose y dio un suspiro.

—Pobre, señor Prout...

—Te felicito, Sergio. Conseguiste tu propósito.

—¿Eh?

—Lograste lo que querías. Dejarla sola en el mundo.

—No le entiendo.

—Tú lo mataste, Sergio, pero eso es comprensible,

—¿De qué está hablando?

—Brigitte es tan mona...

Sus ojos se entornaron. Por fin empezaba a comprender, aunque yo le había hablado claro.

Levantó las manos y dijo:

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted, sucio bastardo?

—Hablando se entienden la gente:

—Lo voy a hacer pedazos.

—No te conviene, boxeador.

—¿Por qué no me conviene?

—Sería mejor que llegásemos a un acuerdo.

—¿Qué es lo que trata de insinuar?

—Confíesame por qué lo mataste. Luego agregas unos billetes y yo mantendré la boca cerrada.

—¡Ahora es cuando me lo cargo!

Eché a correr hacia mí. Y lo dejé llegar y, cuando soltaba el puño, cambié de sitio muy aprisa.

Su puño solo encontró aire. Perdió el equilibrio y fue fácil engancharlo por el pie y arrojarlo al suelo,

Se revolvió como una fiera.

—¡Maldito, lo voy a estampar en la pared!

—Tranquilízate, Sergio. A nada conduce que peleemos entre nosotros. Después de todo, no voy a pedir mucho. Digamos un par de miles.

—¡Es usted el hijo de perra peor que me he encontrado en mi vida! —exclamó y ya estaba en pie.

En ese momento se oyó la voz de Brigitte.

—¡Quieto, Sergio!

No estaba nada fúnebre a pesar de su jersey negro y sus pantalones color canela, todo muy ceñido. Les aseguro que estaba más bombón que con el bikini, lo cual me habría parecido imposible minutos antes.

—Señorita Ruffel —gimió Sergio—, este hombre me acusa de haber matado a su esposo.

—Sí, ya lo he oído. Pero no tienes que preocuparte. Sé que tú no lo hiciste.

Sonreí a Brigitte mientras caminaba hacia ella para entregarle su whisky.

—Ya solo falta que me convenza a mí, Brigitte —dije.

Me dirigió una despreciativa mirada y, tras beber un trago, dijo:

—Me decepciona como detective, señor Silvestre.

—No sabe cuánto me conmueven sus palabras. Mañana presentaré mi dimisión y pediré trabajo en la guardería infantil que regenta una amiga...

—Deje de decir tonterías.

—Se me ha ocurrido una mucho más original.

—Cállesela.

—Le conviene oírla antes de que llame a la policía.

—¿A la policía?

—Sí, a esos hombres que cobran del gobierno por defender la vida de los ciudadanos y por investigar las muertes violentas. ¿Nunca oyó hablar de ellos?

—Es usted insoportable... Estoy aturdida, confusa. Naturalmente la policía debe investigar la muerte de mi esposo, pero por un momento no pensé en eso, sino en mi carrera.

—Oh, sí, claro, usted es una actriz de altos vuelos.

—¿Por qué no abandona ese tono, señor Silvestre? ¿Qué culpa tengo yo de ser un personaje famoso?... ¿Sabe usted cuántas divisas

aporto a Francia?

—Lo leí una vez.

—Lo celebro.

—Pero ya lo olvidé.

—Es usted odioso.

—Lo siento, señorita Ruffel, pero me lo han dicho muchas veces.

—Y apuesto a que se lo han dicho de corazón.

—Sí, con bastantes ganas. Y ahora, con su permiso, voy a avisar a la policía.

Eché a andar hacia el teléfono que estaba sobre la mesa.

—¡Párese, señor Silvestre!

Volví la cabeza.

—¿Qué quiere, Brigitte?

—Que me ayude.

—Voy a ayudarla llamando a la policía.

—No sea majadero.

Enarqué las cejas.

—¿Qué me está proponiendo, Brigitte?

—Otra puesta en escena.

—Vaya, ya salió. Es lógico. Usted es una actriz cinematográfica y debe entender mucho de puestas en escena. Ande, hable claro.

—¡Llévese a Michel!

—¿Eh?

—Que se lo lleve. Da lo mismo que lo encuentren aquí que en otra parte.

—Oh, sí, claro. Él no va a protestar. Está muerto.

Apretó los menudos dientes. Estaba muy bonita sí de rabiosa.

—Señor Silvestre, el asesino debió equivocarse.

—La entiendo. Debió elegirme a mí como víctima.

—Tenga por seguro que yo me habría alegrado mucho.

—La comprendo. Pero no creo que mi muerte hubiese evitado la de su esposo. Usted habría pagado otra vez al asesino.

—¿Qué es lo que acaba de decir, bastardo?

Sergio, intervino soltando un bufido.

—Yo lo oí bien —dijo como si ella fuese sorda —Dio a entender

que usted contrató a un asesino para matar a su esposo.

Dejé el vaso en la mesa ratona y me puse a aplaudir.

—Bravo, boxeador. Estás adelantando mucho.

Me señaló con el dedo y rio con risa forzada mientras decía:

—Cuando acabe con usted, sus pedazos no cabrán en un pañuelo...

—¿Y cuándo ocurrirá eso?

—Ahora mismo.

Otra vez echó a andar hacia mí y pareció un hombre de las cavernas listo para matar al dinosaurio que debía servir como almuerzo a la familia.

Miré a Brigitte, pero ella cruzó los brazos y no dijo nada para detener a su robot.

Supe que si no me defendía, efectivamente, Sergio haría trocitos conmigo.

CAPÍTULO IV

EL dinosaurio ya estaba allí.

Le bloqueé el puño derecho, pero eso no fue bastante porque salí lanzado a través de la sala.

Arrollé una silla y caí.

Sergio soltó una risotada por la bocaza.

—Espere, amiguito... Fue solo el comienzo. No se marche.

Yo no tenía ningunas ganas de marcharme. Me levanté y dije:

—Deja la trompa quieta, elefante.

Rio mi chiste, y me soltó la izquierda.

Era justamente lo que yo estaba esperando. Levanté el brazo desviando su puño, y le largué un mazazo en el hígado.

Se puso tan verde como un caramelo de menta.

No esperé a que reaccionase.

Una fracción de segundo después, lo alcancé en la mandíbula.

El tipo cayó hacia atrás y dio una vuelta de campana. La casa se iba a venir abajo, pero solo fue un efecto sonoro. Los cimientos resistieron bien.

Sergio se incorporó buscándome por un lugar donde yo no estaba. Se carcajeó.

—Huyó. Ya se fue...

Brigitte intervino:

—Eres un estúpido. Te ha ganado. Y está detrás de ti.

—¡No, todavía no! —gritó dando la vuelta.

Para convencerlo, le pegué entre los dos ojos. No con mucho fuerza porque ya no era necesario.

Cayó en el diván y rebotó en el suelo, donde quedó de bruces.

Me miré los nudillos despellejados y dije:

—Estos muchachitos de hoy se creen que son alguien.

Tomé mi vaso y bebí un trago de whisky.

Brigitte estaba muy pálida, mirándome con sus grandes ojos, asombrada por el resultado de la pelea.

—Tenía que verme cuando estoy en forma —le dije modestamente—. Hoy no era mi día por culpa de una rubia.

—Señor Silvestre, ¿podemos hablar seriamente usted y yo?

—A condición de que sea seria desde el principio.

—No tengo nada que ver con la muerte de mi esposo.

—Deje que me convenza yo mismo.

—¿De qué forma?

—Conteste a mis preguntas.

—¿Es necesario?

—Completamente.

—Está bien. Empiece y termine cuanto antes.

—¿Quién es él?

—¿De verdad no lo sabe?

—No leo las chismografías cinematográficas.

—Michel Prout, un gran pintor abstracto.

Me eché a reír y ella se puso otra vez furiosa. Exclamó:

—¿Qué es lo que encuentra divertido?

—Estaba pensando en lo que su marido pintaría si tratase de reflejar su muerte... Fue degollado en la sauna. ¿Se lo imagina? ¿Le habría dado por dibujar a un melón cortado a rodajas y la sangre tendría color amarillo?

—Él no habría hecho tal cosa, porque mi esposo poseía un gran talento y eso que usted dice es una vulgaridad.

—¿Cuándo se conocieron?

—Hace nueve meses.

—¿Y cuándo se casaron?

—Una semana más tarde.

—Hubo flechazo, ¿eh?

—Creí que estaba enamorada de él.

—¿Y no lo estaba?

—No.

—¿Cuándo descubrió que había sido un espejismo?

—La primera noche.

—¿Se refiere a su noche de bodas?

—Claro.

—Entiendo. Michel se puso un turbante y se dedicó a los ejercicios de yoga mientras usted esperaba y esperaba...

—Es usted indeseable.

—Cuéntemelo entonces, abuelita.

—¡No le voy a decir una palabra más!

—Muy bien. Si ya terminó el primer acto de la comedia, podemos llamar a la policía —me incliné sobre el teléfono.

—¡Espere!

Me alcé exhalando el aire.

—¿Qué pasa ahora, señorita Ruffel?

—Estoy dispuesta a continuar —dijo masticando las palabras.

—Se detuvo en el relato de su primera noche de luna de miel con su marido... ¡Focos...! ¡Acción...!

—Michel no era un hombre al cien por cien. ¿Me entiende? ¿No necesita aclaraciones?

—¿Cómo no se dio cuenta usted antes?

—Hay cosas de las que una no se puede dar cuenta si se es una actriz como yo. Naturalmente, había oído hablar mucho de Michel Prout, y me gustaba su físico. ¿Es qué no lo vio usted?

—Sí, lo vi.

—¿Cómo podía imaginar yo que...? —se interrumpió y me dio la espalda emitiendo un sollozo.

Respeté su silencio mientras encendía un cigarrillo.

—Imagino que usted le exigiría una explicación —dije.

—Sí, eso hice.

—¿Y qué le contestó?

—Sonrió cínicamente diciendo que había hecho una boda de conveniencia. Yo le interesaba a él, y según Michel, él me interesaba a mí. Había traído consigo al dormitorio un montón de periódicos y revistas. En ellos aparecíamos fotografiados, sonrientes, felices, abrazados. Me dijo: “¿Lo ves, nena? Formamos

un matrimonio perfecto, y tú no querrás defraudar a millones de personas”.

—¿Llegaron a un acuerdo?

—Claro. ¿Qué remedio me quedaba? Nos fuimos a Tahití. No sé si usted lo recordará, pero permanecimos allí más de un mes. Estaba metida en un lío. Yo bebía y bebía. Estaba todo el día ebria. Mi representante, Maurice Courcel, trataba de convencerme de que, después de todo, la cosa no tenía importancia. Naturalmente, había hablado con Michel y mi esposo lo había convencido de que nuestra boda era algo estupendo. Al fin le planteé la cuestión a Michel. Quería el divorcio. Me dijo que no se opondría en cuanto hubiesen transcurrido cinco meses.

—¿Para qué quería los cinco meses?

—Solo para ser más famoso. Quería exponer en Nueva York y a él le interesaba llegar a los Estados Unidos como esposo de Brigitte Ruffel. Tenía la publicidad asegurada y ya había firmado el contrato... No vi más remedio que conformarme. Me prometió que todo marcharía bien entre nosotros. No me exigiría nada. Yo podía salir con el hombre que me diese la gana, siempre que guardase la debida discreción desde el punto de vista de la publicidad.

—Un marido muy comprensivo... ¿Qué ocurrió a los cinco meses?

—Michel no tenía los bastantes cuadros terminados para hacer su exposición. Prorrogó su contrato hasta el treinta del próximo mes.

—Y, naturalmente, quiso prorrogar también el acuerdo con usted.

—Sí, así fue.

—Tuve que claudicar de nuevo. Dijo que, al fin y al cabo, solo se trataba de otros cuatro meses.

—¿Qué hacía en la sauna?

Había hecho mi pregunta de improviso. Es la mejor forma de interrogar cuando hay un asesinato por medio.

Invirtió unos segundos en reaccionar, como tres o cuatro.

—Yo no sabía que Michel estaba en la sauna.

—¿Dónde debería estar?

—En su estudio.

—¿Dónde está su estudio?

—Arriba.

—¿Por qué estaba entonces en la sauna?

—Él tomaba su baño de vapor por la mañana. A estas horas estaba pintando fuera de casa. No comprendo por qué estaba allí...

—¿Cuándo llegó usted a la piscina?

—Unos quince minutos antes de que usted apareciese, había estado durmiendo, me desperté, me puso el bañador y bajé a la piscina.

—¿A quién encontró?

—A nadie.

—¿Quién había en la casa?

—Sergio.

—¿Alguien más?

—La cocinera y el otro criado, que es su esposo, tenían la tarde libre. No regresarán hasta dentro de un par de horas.

—¿De qué se ocupa Sergio concretamente?

—Es el chófer, guardaespaldas, criado...

—¿Qué tal se llevaba con Michel?

—Apenas hablaban. Yo tenía la impresión de que se ignoraban uno a otro.

—¿Estaba Sergio al corriente de las relaciones entre su marido y usted?

—No. Solo lo sabía mi representante. No tenía por qué decírselo a nadie más. Ese aspecto de mi vida tenía que permanecer en el más absoluto secreto. Recuerde mi trato con Michel.

La joven vino hacia mí. Se detuvo muy cerca e hizo un mohín como se lo había visto hacer en la pantalla, su gesto característico, un hociquito. Hombres de todas las edades sentían un escalofrío en la nuca cada vez que Brigitte hacía aquello.

—Sea usted bueno conmigo —dijo.

En sus ojos había mil promesas.

Si un hombre de cualquier edad hubiese estado allí, se habría derretido. Demonios, yo era un hombre y tenía veintiocho años...

Pero estaba mi deber por medio.

Di un paso atrás.

Y ella lo dio hacia adelante, de modo que la distancia siguió siendo la misma.

Entonces me puso una zarpita en el hombro.

—Daniel, soy una mujer víctima de las circunstancias... La vida me pagó muy mal. ¿Qué culpa tengo y ahora de que alguien lo haya matado?

Se puso de puntillas y me besó. Lo hizo cerrando los ojos.

Yo me quedé quieto. No hice nada. No alcé las manos, no la apreté contra mí, aunque tenía muchas ganas de estrujarla.

Retiró su boca de la mía, pero solo una pulgada.

—Daniel, llévate al muerto.

Lo dijo como Julieta hubiese dicho a Romeo: "Te adoro, querido, te quiero, amor".

—Usted es una fresca, Brigitte —dije y caminé hacia la mesa del teléfono—. Pero voy a llamar a la policía.

CAPÍTULO V

YA había atrapado el auricular.

Ella chilló:

—¡Eres un estúpido entrometido! ¿Quién te mandó venir?

—Ya te lo dije, un desconocido.

—¡Está claro! ¡Es el asesino!...

—¿Y por qué me iba a dar dos mil francos con el objeto de que investigue el crimen?

—Está la mar de claro

—Te entiendo, Brigitte. Él supuso que yo te consideraría responsable.

—Naturalmente, y eso prueba que soy inocente. Esa persona que te llamó me odia.

—¿Y quién es la persona que me llamó y que te odia?

—¡Yo qué sé! Hay mucha gentuza a mi alrededor, tiene que haberla cuando una persona llega a la cumbre. Estoy cansada de ver a la gente sonreírme, halagarme, cuando en realidad están deseando con todas sus fuerzas que me vaya al infierno.

—Son los gajes de ser un monstruo sagrado

—¡No soy un monstruo sagrado!

—Yo no inventé el nombre —dije y me puse a marcar el número.

Ella gimió con las manos entrelazadas sobre el pecho:

—Daniel, ¿te das cuenta de lo que vas a hacer?

—Claro.

—Mi carrera saltará en pedazos.

—Solamente saltaría por los aires si fueses culpable, pero si eres inocente, no tienes nada que temer.

Una voz al otro lado del cable preguntó qué quería.

Les expliqué de qué se trataba y dijeron que en unos minutos estarían allí los de la policía judicial.

Después de colgar, Sergio empezó a levantarse.

—¿Dónde está? —preguntó otra vez.

—Sergio —dijo Brigitte—. La policía está en camino ya.

—¿La policía? —preguntó alarmado arrugando la nariz—. ¡Dios mío, he de marcharme!

—¿Por qué has de marcharte?

—Verá, señorita Ruffel. Tuve que ver con ellos hace ya algún tiempo.

—Eso no lo sabía.

—No se lo podía contar.

Intervine con una sonrisita:

—¿Qué es lo que tuviste que ver con ellos, Sergio?

—Me metieron en un negocio de estupefacientes, pero yo no sabía nada.

—¿Te condenaron?

—Solo a tres años, pero por buena conducta me soltaron a los dieciocho meses.

—Qué buen chico eres... ¿Dónde escondiste el arma?

—¿Qué?

—El cuchillo con el que degollaste a Michel.

Gimió. Se apuntó al pecho.

—Yo no sé nada. No he matado a nadie.

—Claro. Nunca tuviste un cuchillo.

Brigitte exclamó:

—¡Eso también prueba que todos somos inocentes! ¡Es cierto, Daniel! Yo tampoco vi ningún cuchillo. El asesino se llevó el arma.

—Vosotros también pudisteis llevaros el arma después de soltarle la cuchillada.

—¿Sabes lo que eres tú?

—Ya me has dicho muchas lindezas y puedes agregar algunas más. Pero si estuviese en tu lugar pensaría en otra cosa.

—¿En qué por ejemplo?

—En justificar tu tiempo ante la policía.

—¡No tengo nada que justificar!

—El comisario y los inspectores no van a pensar lo mismo... ¿Por qué no eres razonable, Brigitte? Y cuando conozcan la historia de tu matrimonio, serás la sospechosa número uno. Las relaciones entre Michel y tú, eran bastante motivo para que tú desearas su muerte.

—Para desearla sí, pero no para cometerla.

—¿Qué diferencia hay cuando existe la oportunidad? Y tú la tuviste, querida...

—¡Estuve durmiendo toda la tarde!

—Según tú.

—Es la verdad.

—Y luego te pusiste el bikini, bajaste a la piscina y te quedaste adormilada en la hamaca.

—No estaba adormilada, sino pensativa.

—Y mientras tanto, tu esposo yacía en la sauna con el cuello hecho puré.

—¿Crees que podría haber descansado tranquilamente en la hamaca sabiendo que Michel estaba en la sauna muerto de una forma tan horrible? ¿Qué clase de detective eres tú?

Sonó la orquesta filarmónica, quiero decir el canillón.

Sergio se puso a dar gritos y a moverse buscando huecos donde esconderse.

—¡Los polis! ¡Me atraparán! ¡Yo seré quien lo pague!...

—Sergio —dijo Brigitte—, deja los histerismos para mí.

—Ella tiene razón, Sergio —puntalicé—. Le está robando el papel y Brigitte está ansiosa por demostrar a los "polis" sus posibilidades como actriz dramática.

—Eres un cerdo, Daniel —dijo Brigitte.

Sergio se fue a abrir.

Entonces, Brigitte inspiró profundamente y empezó a andar lánguidamente hacia el sofá. Se dejó caer

—¡Bravo! —dije—. Ya te estás acercando al papel de atribulada viuda.

—¡Perro! —dijo con la mayor naturalidad, e inclinó la cabeza

sobre el brazo del sofá y se puso a sollozar.

Fue tal su cambio que me dejó con la boca abierta.

No tuve tiempo para decir nada, porque en ese momento entró Sergio seguido por la policía.

—¡Usted! —ladró un tipo de cincuenta años, talla mediana, cara ancha y bigote espeso.

Era el comisario François Monier, un tipo que había deseado verme en primera línea en el Vietnam, justo en el momento en que la batalla estuviese en su punto culminante.

—¿Cómo le va, comisario Monier?

—Muy mal desde que entró en esta casa.

—¿No le dijeron que yo era el que le había informado sobre el crimen?

—Sí, pero deseé que se tratase de otro Daniel Silvestre.

—¿Cree que puede haber otro? —contesté mirándome la punta de los zapatos con aire muy humilde,

Le acompañaban cuatro hombres, pero yo solo conocía a uno de ellos, el inspector Armand Leclerc, el único miembro de la Policía Judicial que sentía por mí cierta simpatía.

El comisario se dirigió hacia la viuda.

—¿Señora?...

Brigitte dejó ver su lindo rostro bañado en lágrimas.

—Pobre, Michel...

—¿Dónde está?

—En la sauna... Sergio, por favor acompaña al comisario.

—Sí, señora, enseguida —dijo Sergio que estaba tan pálido como si le hubiesen hecho una sangría.

El comisario hizo una señal a dos de sus hombres y se marcharon con Sergio.

Yo no tenía nada que hacer de momento, de modo que atrapé mi vaso de whisky y me puse a beber.

Brigitte me dirigió una mirada de regocijo como diciendo: "No has querido jugar en mi equipo, pero ahora te voy a demostrar yo de lo que soy capaz".

Yo le contesté con otra mirada que quería decir: "Eres adorable, Brigitte, pero si asesinaste a tu marido, te aseguro que mi cliente estará satisfecho".

Pasaron tres minutos.

El comisario regresó con los mismos hombres.

Observé una cosa muy extraña, Sergio reía con ojos muy brillantes.

El comisario se plantó delante de mí.

—¿Qué broma es esta, Silvestre?

—¿A qué se refiere, comisario?

—A Michel Prout.

—No me diga que aún vive y que él mismo le ha asegurado que su herida no tiene importancia.

—¿Usted qué cree? —dijo el comisario enseñando los incisivos como si fuese a despedazarme.

—Bueno, si me pide mi opinión, le diré que con el tajo que tenía en el cuello estaba listo para el ataúd.

—No hay ningún cadáver, señor Silvestre. ¿Lo oye bien? ¡No encontramos ningún muerto, ninguna huella de sangre!...

CAPÍTULO VI

LAS palabras del comisario Monier cayeron como clavos al rojo vivo.

Y todos se habían hundido en mi cerebro.

Empezó a dolerme la cabeza.

—Comisario, ¿fue a la sauna?

—Sí, todos estuvimos en la sauna.

—¿Y dice que no hay ningún cadáver?

—Ningún cadáver, y ninguna mancha de sangre —le repitió.

Miré a Brigitte. Ella estaba más asombrada que yo. La apunté con el brazo extendido y dije:

—Ella vio el cadáver, y también lo vio Sergio.

El ex boxeador chilló:

—¡Yo no vi nada!...

Recordé que Sergio se había quedado unos minutos a solas con el fiambre. Así que, el muy bastardo había tenido tiempo para esconderlo.

—¿En dónde lo metiste, Sergio?

—¿Qué cosa?

—El muerto.

—¿Qué muerto?

No era un juego divertido.

—Oye, zopenco —le dije— no te va a servir de nada tu habilidad como prestidigitador. Somos dos personas contra ti, Brigitte también vio el cadáver. Fue ella la primera que lo vio —miré a la joven—. ¿O también vas a decir tú que no hay muerto?

—Yo no lo vi.

—¿Cómo?

—No descubrí ningún cadáver.

—¿Y quién lo descubrió?

—Tú dijiste que lo habías descubierto cuando entraste en la sauna. Dijiste que habías encontrado a mi marido degollado y yo me fie de ti. Me enviaste a verlo, pero yo no quise. Estaba demasiado emocionada. Me vine a la casa a vestirme y luego al living, y me senté en este sofá.

—¡Eres una condenada embustera!

—¡No le consentiré eso, Silvestre! —gritó el comisario.

Me enfrenté con él.

—Comisario Monier, ¿por qué iba a mentir?

—Por no perder la costumbre... Me ha mentido como cien veces desde que lo conozco, Silvestre.

—Comisario, recibí una llamada anónima. Me invitaron a que mirase el buzón de correspondencia. Yo tenía que investigar un crimen a cambio de dinero —saqué el sobre—. Aquí hay dos mil francos. Fue lo que me puso en marcha. Mi anónimo comunicante me dijo que yo tenía que venir a la Avenida de Ankara, 314. Dijo que se iba a cometer un crimen, pero ya se había cometido cuando yo llegué...

—Sergio —intervino Brigitte— ¿cómo se metió este hombre en mi casa?

—Por la fuerza —el ex boxeador señaló su cara— Me golpeó, señor comisario.

François Monier soltó una risita.

—Conque hizo eso, ¿eh? Violó un domicilio, golpeó a un hombre...

Una red se estaba tejiendo a mi alrededor. De repente todo había cambiado. Brigitte me había pedido que me llevase el cadáver de su esposo y yo me negué a ello, y ahora resultaba que alguien se había ocupado de eso.

Y no habiendo cadáver, no había crimen.

—Está en un grave apuro, señor Silvestre —dijo el Comisario Monier—. Y no va a escapar como otras veces.

La actriz dijo:

—Señor comisario, no voy a demandar al señor Silvestre.

—Oh, no debe hacer eso. Usted no conoce a Daniel Silvestre como yo.

—¿No es detective privado?

—Sí, es un detective, pero se toma demasiadas libertades en el ejercicio de su profesión. El señor Silvestre se cree el héroe de una de esas películas americanas. Todavía no se ha enterado de que vive en Francia y no en los Estados Unidos.

—Señor Comisario —habló otra vez Brigitte— a pesar de todo lo que usted dice, no entablaré demanda judicial contra Daniel Silvestre. Con ello quiero decir que el señor Silvestre se puede ir tranquilamente de mi casa... Me asustó mucho saber que mi marido estaba muerto, pero ahora que todo fue una falsa alarma, prefiero dejar las cosas como están.

—Comisario —dije—. Si el cadáver de Michel Prout no está en la sauna, para usted debe significar que él está vivo, y si Michel Prout está vivo se debe encontrar en su estudio artístico del piso de arriba. ¿Quiere comprobar si el señor Prout está allí?

—De nada servirá esa investigación, comisario —repuso Brigitte—. Yo no dije al señor Silvestre que a estas horas mi marido estuviese en su estudio. No me extrañaría que hubiese salido.

—Claro, se fue por su propio pie al cementerio —dije.

—Señor Silvestre, sus chistes de humor negro no son nada afortunados —dijo Brigitte alzando la barbilla, altivamente.

El comisario me tomó por el brazo.

—Señor Silvestre, le agradecemos mucho los servicios prestados.

—Eh, no tiene derecho a jubilarme.

—Es justamente lo que estoy haciendo, señor Silvestre. Apartarlo de este caso.

—Si los cree a ellos y no a mí, es usted quien está para que lo jubilen.

—Basta ya de chistes, Silvestre, o hará que pierda mi paciencia. Si la señora Ruffel no ha querido demandarlo lo puedo hacer yo.

—¿Bajo qué cargo?

—Burla a la policía. ¿Le parece bueno?

—Está bien, comisario. Ya me voy, pero lo están engañando como a un chino.

—¡Silvestre!

Dejé el vaso de whisky en la mesa y sonreí a Brigitte.

—Ya volveré otro día para que me cuentes el resto.

—No vuelva a poner los pies en mi casa, señor Silvestre.

Hice un saludo a todos.

Sergio vino detrás de mí para acompañarme.

De pronto me volví en el vestíbulo y atrapé al ex boxeador por el cuello.

—Fuiste tú, ¿verdad, Sergio?

—No tengo ni idea. Para mí esto es un galimatías —miró a su espalda—. Usted tiene razón. Hubo un cadáver, pero ¿qué quiere que le haga yo?... Bueno, estaba pensando que quizá nos equivocamos.

—Sí, claro los tres sufrimos la misma pesadilla.

—No quiero decir eso. Quizá el señor tenía solo un rasguño.

—No, Sergio, no era un rasguño, tú lo sabes bien. Fue una herida mortal de necesidad. Con ese tajo en el pescuezo habría muerto hasta un toro.

—¿Qué quiere que le diga, señor Silvestre?

—Tuviste tiempo de esconder el cadáver.

—Le juro que yo no lo hice... No soy tan estúpido... ¿Dónde podía meter yo el cadáver en un par de minutos?

Me habría gustado echar un vistazo a la piscina, por la casa, pero el comisario Monier me había retirado del asunto.

Hice un saludo con la mano a Sergio y me marché.

Llegué a mi oficina y fui directamente a la habitación donde había dejado a Anne-Marie.

Ella estaba contemplando un programa de televisión, al verme, vino a mi encuentro.

—Querido, creí que ya no venías...

—Aquí me tienes. Ya terminé mi trabajo.

—Pues dedícate ahora al que interrumpimos —dijo echándome los brazos al cuello.

La besé en los labios, y cosa curiosa, pensé en los de Brigitte Ruffel.

Al diablo con la actriz. Anne-Marie era un ejemplar tan bueno

como ella.

Me empujó hacia el sofá, y nos acomodamos.

—Pon un poco más de calor en tus besos, querido —dijo.

Fui a poner más calor, pero en ese momento sonó el timbre, no el del teléfono, sino el de la puerta.

Esta vez no había tenido oportunidad todavía de ponerme en situación y salté como impulsado por resortes.

—Daniel, ¿es que vamos a estar así toda la noche?

—Enseguida vuelvo contigo. Sea quien sea, lo despacharé en un segundo.

Crucé la sala de espera y abrí la puerta.

—Buenas noches —me dijo el muerto llamado Michel Prout que estaba en el corredor.

CAPÍTULO VII

—HOLA, cadáver —dije.

—¿Puedo pasar? —inquirió con una sonrisa.

—Claro. Es justamente la hora en que me visitan los resucitados.

Se cubría con un elegante traje a cuadros, el cuello con un pañuelo color azul.

—¿Puedo sentarme?

—Naturalmente, puede sentarse.

Se sentó y cruzó las piernas. Sacó un paquete de cigarrillos americanos y un mechero de gas.

—¿Quiere? —me invitó.

—No, gracias. No me gustan los donativos de los muertos.

—Bien, señor Silvestre, le tendré que informar acerca de cómo van las cosas.

Entonces identifiqué su voz.

—Usted fue quien me llamó, Michel.

—Sí.

—Me mandó al número 314 de la Avenida de Ankara para investigar un crimen.

—Todo eso ya lo sé, señor Silvestre. No hace falta que lo repita.

—Ande, enséñeme el cuello.

—¿Para qué?

—Para verle el tajo.

—Señor Silvestre, yo no soy el muerto. Ya lo debería saber.

—¿Y quién es el muerto?

—Mi doble, naturalmente.

Me fui al pequeño bar que tengo en un rincón.

—¿Whisky, Michel?

—Sí, me vendrá bien.

Despaché una buena ración para calmar los nervios y le entregué a él un vaso.

—De modo que había un doble...

—Sí, y fue al que mataron.

—Un momento, señor Prout, ¿cómo ha llegado tan a punto? Acabo de entrar en mi oficina.

—Yo estaba en la Avenida Ankara, y lo seguí hasta aquí.

—Muy bien. Ahora empiece por el principio.

—Verá, yo sabía que me iban a matar... Brigitte no quedó muy satisfecha de nuestro matrimonio.

—Sí, me contó eso.

Titubeó unos instantes.

—¿Con detalles?

—Los suficientes para entenderla. Para usted fue un simple negocio. La engañó desde el punto de vista de sus deberes como futuro esposo.

—Ella también ganó, señor Silvestre.

—Oh, sí, usted es un personaje importante.

—Yo soy el mejor pintor abstracto del mundo.

—¿Cuántos dicen lo mismo, señor Prout?

—Sí, hay muchos que lo dicen, pero yo lo soy de verdad.

—Dejemos eso por ahora. Nunca he pertenecido a un jurado para criticar una obra de arte. No es lo mío, señor Prout. Prefiero los objetos al natural.

Se echó a reír.

—Sí, conozco su fama como mujeriego.

—No trate de convencerme de que sigo el mal camino y que debo regenerarme.

—Oh, no, señor Silvestre. Yo practico la libertad en el arte, y la libertad en la vida. Cada uno pueda hacer lo que quiera. Usted es un adulto.

—Vaya, eso es un consuelo, pero continúe su historia. Según

usted, su matrimonio con Brigitte fue un negocio para los dos.

—Sin ningún género de dudas.

—Debo decirle que ella no opina lo mismo, señor Prout.

—Bueno, admito que cambió de opinión.

—¿Cuándo?

—Al cabo de unas semanas.

—¿Cuántas?

—Digamos tres.

—¿Y qué hizo entonces ella?

—Me propuso el divorcio.

—Según Brigitte le propuso el divorcio inmediatamente, la misma noche o al día siguiente de celebrarse su matrimonio.

—Fue al cabo de unas semanas, como yo le digo.

—Está bien. Continúe.

—Le dije que, si nos divorciábamos en aquel momento, perjudicaría mis intereses.

—Sí, Brigitte me contó lo de su exposición en Nueva York

—Esa era la razón. ¿Se da cuenta, señor Silvestre? La primera potencia mundial iba a conocer al mejor pintor del mundo.

—¿Qué inconveniente había en que lo conociesen sin ser el esposo de Brigitte?

—El contrato.

—¿Quiere decir que, según el contrato, tenía que ser el esposo de Brigitte para hacer su exposición de manchas en los Estados Unidos?

Se echó a reír y dijo con tono despreciativo:

—Usted es uno de esos que consideran los cuadros abstractos como borrones...

—Dejemos eso.

—Sí, señor Silvestre, la cuarta cláusula de mi contrato establece que, para realizar mi exposición en los Estados Unidos, yo debo ser el esposo de Brigitte Ruffel. Le enseñé el documento a mi esposa.

—Y ella estuvo de acuerdo en demorar el divorcio hasta que hiciese la exposición, pero pasó el plazo establecido entre usted y Brigitte y no hizo la exposición.

—No fue culpa mía. Un pintor no hace cuadros como cualquiera

hace longanizas... Necesitaba otros cuatro meses y también ella consintió en eso.

—Usted la estaba chantajeando, señor Prout.

—Oh, no diga eso, chantajear es una palabra muy fea.

—Sin embargo no se me ocurre otra. Brigitte temía que, cuando se enterasen de la clase de matrimonio que había hecho con usted, la gente se reiría de ella, se cubriría de ridículo, y eso es comprensible, dada la categoría de que ella goza.

—Señor Silvestre, ¿es que vamos a pelear por una cosa tan simple como lo que pensase mi mujer? Lo cierto es que ella me quería matar.

—¿Cómo sabe que ella lo quería matar?

—Porque ya lo intentó una vez.

—¿Cuándo?

—Hace justamente nueve días.

—¿Dónde?

—En la piscina de nuestra casa... Era de noche y se me había ocurrido nadar un poco. Había estado trabajando durante todo el día. De pronto sonó un estampido muy suave. Indudablemente el arma estaba provista de silenciador. Algo silbó junto a mi oreja, y se enterró en la pared. Era una bala. Unos centímetros más a la derecha y me habría volado la cabeza.

—¿Está seguro de que fue un disparo?

—Claro que fue un disparo.

—¿La vio a ella?

—No, no la vi.

—Entonces no puede acusar a Brigitte.

—¿A quién puedo acusar? Suponiendo que ella no disparase, lo haría otra persona por orden de ella. ¿Conoció a la gente que hay en la casa?

—Solo a Sergio, además de Brigitte.

—¿No estaba allí Maurice Courcel, el representante de mi esposa?

—No.

—Menudo bicho.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene dos cabezas?

—Algo peor que eso. Tiene cara de vampiro y chupa la sangre.

—No se entretenga en esos detalles ahora. Usted fue víctima de un atentado. ¿Qué hizo después?

—Me marché aquella misma noche. Quiero decir me fui a mi habitación, hice la maleta y salí de aquella casa.

—¿Sin despedirse de Brigitte?

—Me dije que si me despedía me podían balear otra vez y no habrían fallado. Dejé una nota para Brigitte

—¿Qué le decía en la nota?

—Que me marchaba a Marsella para resolver un negocio urgente.

—¿Se marchó a Marsella de verdad?

—Sí, porque ya tenía trazado mi plan.

—¿Qué plan?

—El de contratar a mi doble. Sí, señor Silvestre, unos meses antes había conocido en Marsella a un tipo como yo. Nos parecíamos como dos gotas de agua, Se llamaba Gastón Portier.

Por fin, el muerto tenía ya su nombre, Gastón Portier.

CAPÍTULO VIII

BEBÍ un trago de whisky.

Michel Prout sonreía satisfecho del plan que había urdido.

—Es usted un asesino, señor Prout —dije.

—Oh, no.

—Usted mandó a un hombre a la muerte.

—Un momento. No tiene derecho a decir eso. Gastón Portier estuvo de acuerdo en sustituirme. Le dije con claridad lo que ellos se proponían. Matarlo. Gastón dijo que no podrían con él, que estaría atento, y que si Brigitte intentaba asesinarlo, le ajustaría las cuentas... Además, le pagué muy bien.

—¿Cuánto le pagó?

—Le hice una primera entrega de cinco mil francos. Y cuando hubiese terminado su trabajo, es decir, cuando hubiese tenido las pruebas contra Brigitte, le habría dado otros cinco mil.

—No está mal.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo.

—Pero Gastón murió.

—Es un gaje que tuvo en cuenta.

—Usted dijo que yo debía investigar un crimen ¿Acaso sabía ya que Portier había muerto?

—No, claro que no lo sabía... Verá, le explicaré ese aspecto de la cuestión... Yo acordé con Gastón que le telefonearía todos los días a las seis y media. Gastón tenía que estar en su habitación junto al teléfono a esa hora. Pasaron seis días desde que me sustituyó y siempre a las seis y media contestaba... Pero hoy

marqué el número y no me contestó. El timbre sonó inútilmente. Marqué hasta tres veces. Entonces, pensé que Gastón había fallado, que habían conseguido matarlo. Por eso lo llamé a usted. Ya lo había elegido. Había leído cosas de usted. Era la persona más adecuada para ocuparse de un caso como el mío... Lo vi llegar a la casa de Brigitte. Yo estaba en el auto un poco más abajo, en frente... Esperé y al cabo de un rato llegó la policía. Ya no tuve ninguna duda de que a Gastón Portier le habían dado el pasaporte. Naturalmente, ellos creen que me mataron a mí.

—Le voy a dar una mala noticia, señor Prout...

—¿A qué se refiere?

—A Gastón Portier, naturalmente.

—¿Qué pasa?

—Desapareció.

—¿Quiere decir que no lo mataron?

—Sí, lo mataron, pero su cadáver desapareció.

—¡Oh, no!...

—Sí, señor Prout. Eso es lo que pasó.

—¿Dónde estaba?

—En la sauna donde lo degollaron.

—¿Degollado? —exclamó Michel Prout llevándose una mano a la garganta.

—Le hicieron un buen tajo.

—¡No siga!

—Creí que le gustaría saberlo.

Michel Prout había perdido su buen humor en un instante.

—Pero yo creí que todo estaba solucionado, que la policía habría detenido a Brigitte y al vampiro de su representante.

—No han podido detener a nadie.

—Pero usted estaba allí.

—Sí, y por eso estuvieron a punto de detenerme.

—¿Acaso se puso de lado de Brigitte?

—No. Ella lo intentó. Quería que me llevase el cadáver. Me iba a pagar bien. Pero yo no acepté.

—Claro, y entonces ella echó mano a sus encantos personales. Fue eso, confíeselo. Ella le hizo una caída de pestañas, se echó en

sus brazos y usted...

—Cállese, o le rompo la boca.

—¿No lo hizo?

—Bueno, a decir verdad, lo intentó. Me hizo la caída de pestañas, y se echó en mis brazos, pero tampoco logró con eso nada. Recuerde, señor Prout, según usted, me eligió para realizar esta investigación, porque yo era la persona más adecuada para el trabajo.

—Tiene razón —se pasó una mano por la cara y luego me miró con ojos asustados—. ¿Se da cuenta señor Silvestre?

—¿De qué?

—¿Cómo de qué? De que no ha servido de nada mi estratagema...

—Va a servir.

—¿Qué quiere decir?

—Que va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—A casa de Brigitte.

—¡Ni hablar!

—Quiero ver cómo reaccionan Brigitte y los demás al verlo.

—Entiendo. Por la forma de mirar o de hablar, usted sabrá quién me asesinó.

—Cuidado. No se sugestione. El muerto es Gastón Portier.

—Pero ellos creyeron que me mataban a mí...

—Oiga, tiene que pensar un poco con la cabeza.

—No he hecho otra cosa desde que me enviaron aquella bala... No iré, ¿lo entiende? ¡No iré a casa de Brigitte! Ya cometieron un crimen. Que paguen por él.

—Muy bien. Yo no puedo hacer nada.

—¿Y la policía?

—Acuda usted a ellos, y cuénteles su historia... Dígales que mataron a otro por usted.

—Es lo que voy a hacer.

—Le pedirán el cadáver.

—Que lo busquen. Es su deber.

—Ya lo buscaron y no lo encontraron... No, señor Prout. ¿Sabe

lo que pensarán? Que está usted loco y quizá lo encierren.

—¡No tienen derecho a hacer eso conmigo! —gimió—. Cielos, ¿por qué me han de pasar a mí estas cosas?

—Por demasiada ambición.

—¿Eh?

—Debió presentarse en los Estados Unidos por sus propios medios y no siendo el esposo de Brigitte Ruffel. Además, ese matrimonio fue un engaño...

—No me hable de eso.

—Ande, levántese, nos vamos a casa de Brigitte.

—¿Cree usted que es necesario?

—Absolutamente.

Se puso en pie y quedó con la mirada distante. De pronto se echó a reír.

—Eh, oiga, no me parece tan mala idea... Claro que no lo es. ¿Se imagina a Brigitte cuando me vea aparecer? ¿Y a Sergio? ¿Al vampiro?... Demonios, tiene usted razón. Los voy a dejar de una pieza. Será todo un espectáculo.

—Seguro que lo será.

—Ya tengo prisa por llegar.

—Espere un momento. He de despedirme.

—¿De quién?

—De mi abuelita.

—¿La tiene aquí, en su oficina?

—Sí. Me está haciendo un jersey de ganchillo.

Entré en la otra habitación, en la íntima.

Estaba a oscuras y no vi nada.

—Querido, ven —me dijo Anne-Marie.

Su voz venía del sofá, pero yo no di un paso.

—Querida, he de marcharme.

—¿Otra vez?

—El trabajo, ya sabes.

—Eres un tonto. Claro que tienes un trabajo, pero es el de aquí.

—Lo siento, Anne-Marie. Volveré contigo en cuanto pueda.

—Oye, tipo listo, te voy a decir algo... Cuando vuelvas por aquí no me vas a encontrar.

—Anne-Marie, no digas eso.

—Claro que lo digo, y te aseguro que cumpliré mi palabra.

—Sé una buena chica... —dije y salí de la habitación.

Cuando cerré la puerta, algo golpeó contra ella. Un zapato.

Michel Prout me estaba mirando con los ojos asombrados.

—Parees que su abuelita no está muy conforme con que la deje.

—Le da miedo la noche cuando está sola.

Salimos de la oficina y viajamos en mi auto.

Por fin nos encontramos ante la casa número 314 de la Avenida de Ankara.

Hice que el carillón soltase su concierto en fa mayor.

Pasó un largo minuto antes de que abrieran.

Sergio solo me vio a mí de momento, porque Michel Prout estaba a mi derecha fuera de su perspectiva.

—¿Usted de nuevo, señor Silvestre?

—Sí, muchacho.

—No puede entrar —dijo y fue a cerrar la puerta

—Quizá yo no pueda entrar, pero debes dejar paso libre al dueño de la casa.

—¿A qué dueño?

—Al muerto —dije.

Entonces se dejó ver Michel Prout.

—Hola, Sergio —dijo.

El criado se quedó de piedra, como un monolito. Abrió la boca, pero no logró pronunciar palabra alguna y sus ojos empezaron a desorbitarse.

CAPÍTULO IX

—¡NO, no puede ser! —gritó Sergio y, saliendo de su inmovilidad, echó a correr.

Lo hizo tan alocadamente que tropezó con una armadura del siglo XVI y se vino abajo con ella.

Michel y yo entramos en la casa.

Sergio se arrugó en el suelo.

—¡No me toque, señor Prout! ¡Yo no he hecho nada!

—¿Por qué estás tan asustado? —preguntó el pintor abstracto.

—¡No quiero nada con los muertos!

A Michel Prout le satisfacía su papel y sacó una voz de ultratumba.

—Tú me mataste, Sergio.

—¡No! ¡Yo no!

—Seguiste las instrucciones de Brigitte.

—Le juro que yo no hice nada.

Michel se tocó el cuello.

—Me metiste el cuchillazo aquí.

—¡Yo no pegué el cuchillazo a nadie!

Se abrió una puerta de la derecha y apareció un tipo alto, de mejillas chupadas, bastante pálido.

No hizo falta que nadie me lo presentase. Debía ser Maurice Courcel porque tenía bastante parecido con el actor Christopher Lee, que se había hecho famoso interpretando en el cine el papel de Drácula, y otros "films" de terror.

—Hola, Maurice, ¿a quién le acabas de chupar la sangre? —le

saludó Michel Prout.

Maurice Courcel llegó hasta nosotros y se detuvo muy serio, observando a Michel. De pronto, rio:

—Nunca pensé que estuvieses muerto. Me lo contaron, pero te aseguro que no creí una palabra.

—¿Y qué crees que pasó?

—Te echaste pintura en el cuello. Hasta es posible que te pintases una raja. Después te colocaste en la sauna y lo demás fue cosa del cerebro de Brigitte y de los demás. Juran que estabas muerto. Fue una broma de mal gusto, Michel.

Ahora el que se quedó sin habla fue Michel Prout.

—Mientes —pudo decir al fin.

—¿Cuál es mi mentira?

—Tú me liquidaste.

—No seas estúpido. Si yo te hubiese liquidado, no estarías hablando aquí delante de mí.

Sergio gritó.

—¡Está muerto!... ¡Se lo aseguro, señor Courcel!

Maurice apuntó al criado con el dedo.

—Solo eres un pobre imbécil. Sergio. Estamos en el año 1967. ¿Lo oyes? Los muertos no salen de su tumba...

—Pero este salió.

—Nunca lo mataron.

—Pero yo vi su cadáver...

—¿Es que no me has oído, estúpido? Todo fue una trampa organizada por Michel Prout. Recuerda, él es pintor. Lo preparó todo para daros un susto.

Sergio se levantó. Estaba todavía tembloroso. Maurice prestó atención a mi persona.

—Usted debe ser ese detective, Daniel Silvestre, que organizó el tinglado. Se puso de acuerdo con Michel.

—Admito que es mi cliente.

—Los dos son cómplices. Es la palabra que corresponde. Han montado una repugnante farsa...

—Señor Silvestre —exclamó Michel—. Aplaste las narices de este tipo.

Maurice me sonrió.

—Póngame las manos encima y sabrá quién soy yo —dijo.

—Cuidado, señor Courcel. Estoy cumpliendo con mi obligación.

—¿Cuál obligación?

—Mataron a un hombre.

—¿Qué hombre?

—Un tipo igual que Michel Prout.

—No creo en leyendas ni en fantasías.

—Michel Prout contrató a un doble para ocupar su lugar. El hombre que han estado tratando como Michel Prout durante seis días se llamaba Gastón Portier.

Maurice Courcel levantó una mano y se cubrió la boca para bostezar.

—Señor Silvestre —dije—, no me impresionan sus historias terroríficas. ¿Por qué no se dedica a la televisión? Sé que están faltos de guionistas...

—Ahora es usted el farsante, Courcel.

—¿Yo?

—Sí, usted. Estoy seguro de que sabe que hubo realmente un cadáver... Ha tenido oportunidad de hablar con Sergio y con Brigitte, suponiendo que no sea usted el causante de la muerte del Gastón Portier, y que escondió el cadáver.

—Señor Silvestre, no puedo escucharlo. Tengo mucho trabajo atrasado y pensé dedicarle unas cuantas horas para ponerlo al día. Le ruego salga de esta casa. Naturalmente, se llevará a su cliente, al señor Prout.

Michel levantó la cabeza, engallado.

—Tú no me puedes echar de aquí. No, Michel. Tengo más derecho que tú para estar en esta casa.

—Como quieras. No voy a discutir sobre eso.

—Y él también se quedará —me señaló el pintor.

—Creo que estás cometiendo un grave error, Michel. No creo que necesitemos un detective.

—Y yo digo que lo necesito.

En aquel momento oímos un grito femenino. Venía de la escalera.

Todos miramos hacia allí y descubrimos a Brigitte. Estaba en el

último recodo, apoyada en el pasamanos. Su gesto era de estupor.

—¡Michel!

—Sí, soy yo, querida.

—¡No es posible!

—Pues ven aquí y tócame con tus manitas...

Pero ella no se movió. Lo mismo que Sergio se había convertido en un tótem indio, aunque mucho más atractivo que el ex boxeador.

Maurice Courcel soltó una risita.

—No tengas miedo, Brigitte. Michel no te va a llenar de gas sulfuroso.

Brigitte bajó la escalera. Parecía realmente emocionada. Pero, ¿qué consecuencias se podía sacar de su emoción?

Quizá ella no había matado a Gastón Portier, pero había visto su cadáver y ahora, al enfrentarse con Michel Prout, no podía imaginar que el muerto y su esposo fueran dos personas distintas.

Brigitte seguía mirando a Michel, pero ahora desvió los ojos hacia mí.

—Todo esto es inicuo, Silvestre.

—Eso mismo digo yo.

—Confiesa que has preparado la escena.

—Lo confieso.

—Pero hubo un muerto.

—Bravo. Brigitte, ya estamos en el terreno de las confidencias. La acabo de decir a Mauricio que el muerto era Gastón Portier y que sustituyó a tu marido durante una semana. Fue Portier a quien mataron.

Su ceño se frunció.

—Michel, ¿Es cierto todo eso?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Alguien trató de asesinarme antes de irme a Marsella.

—¿Dónde?

—En la piscina. Una persona disparó contra mi faltó muy poco para que la bala me decapitase.

—¿Por qué no dijiste nada entonces?

—Pensé que eras tú.

—¡Oh, no!

—Sí, querida. Tú eres la persona que podía tener más interés en que yo muriese. Por eso te dejé la nota de que me iba a Marsella.

—Pero regresaste al día siguiente.

—Regresó Gastón Portier, mi doble.

—Entonces no eras tú.

—No, Brigitte.

—¡Dios mío! Ahora comprendo por qué hablabas conmigo mucho menos que antes. En esta semana cambiamos muy pocas palabras.

—Bueno, en realidad ya conté con eso. De otra manera, el trabajo de Portier habría sido más difícil. Le dije que pasase todo el tiempo que pudiese en el estudio.

—Comía y dormía en el estudio. Debí encontrar eso raro. ¿Por qué no me di cuenta?

Yo intervine:

—Bueno, amigos. Ahora que no está la policía, somos una pandilla de buenos amigos. Así que, voy a hacer una pregunta importante y espero que me den una lógica respuesta. ¿Dónde está el cadáver de Gastón Portier?

CAPÍTULO X

SERGIO se golpeó el pecho con la diestra.

—¡No me mire a mí, señor Silvestre! ¡No sé nada de ese muerto!

—¿Y tú, Brigitte? —le pregunté a la actriz.

—Deberías conocer la respuesta. No me aparté de ti a partir del momento en que descubrí el cadáver.

—Sí, eso es verdad.

—Gracias por reconocerlo.

—¿Dónde estaba usted en ese momento, Courcel?

—No pienso contestarle.

—Tendrá que hacerlo.

—¿Quizá piensa emplear la fuerza conmigo, Silvestre?

—Seguro.

Maurice Courcel sonrió.

—Soy tan alto como usted y le aventajo en no menos de seis kilos.

—Ya me da miedo pensar en una pelea con usted —le sonreí con ironía.

—Le falta saber algo. Silvestre.

—Adelante. Dígalo.

—Fui campeón de los pesos medios.

—¿En el colegio de párvulos?

—Cuando tenía dieciocho años... Y solo han pasado ocho desde entonces. Me he conservado en forma. Es raro el día que no voy al gimnasio. Hago mucho ejercicio.

—Está gordo.

—No lo estoy, Silvestre. Todo lo que ve es músculo.

—¿Ni pizca de grasa?

—Ni una molécula.

—Muy bien, entonces conteste a mi pregunta sin necesidad de que peleemos. ¿Dónde estaba usted entre las cinco y las siete de la tarde?

—Le daré mi respuesta.

—Eso está mucho mejor.

—Váyase con el demonio.

—No, esa no es la que yo necesito

—No hay otra.

Vino hacia mí.

—Y ahora lo voy a tirar de aquí, Silvestre,

—No lo intente.

—Si no se larga por sus propios medios, lo va a hacer convertido en una bola. Sergio, abre la puerta

Sergio no se movió.

Entonces Brigitte dijo:

—Abre la puerta, Sergio.

Estaba muy segura de que Maurice Courcel, me iba a sacar como una bola.

Sergio pasó por mi lado, me dirigió una sonrisa como disculpándose y abrió la puerta,

Courcel me disparó el puño a la cara.

Lo burlé y le metí la derecha en el estómago.

Se vino hacia adelante escupiendo todo el aire que tenía en los pulmones y fue el mejor momento para que conociese mi gancho de zurda.

Salió de la casa convertido en una bola.

Otra vez se me había despellejado los nudillos.

—Eh, oye, Brigitte —dije— ¿es que siempre voy a tener que pelear con uno de tus hombres?

Brigitte era presa de la mayor furia. Sus senos se agitaban nuevamente en su encierro, como si quisiesen romperlo.

Sergio miró hacia la otra parte del hueco y dijo:

—Eh, señor Courcel, ¿necesita ayuda?

Oímos pasos y Maurice entró en la casa tambaleante.

Lo empujé y cayó en una silla.

De la comisura de la boca le salía un chorrito de sangre.

—Estoy esperando la respuesta buena, Maurice —le recordé.

—De cinco a siete estuve con un agente artístico.

—¿Quién es ese agente artístico?

—Madeleine Bougrain.

—¿Dónde tiene su oficina?

—A media hora de aquí. En la calle Bauregard, número 114, apartamento 9...

—¿Está seguro de que fue de cinco a siete?

—Claro. Pero si tiene alguna duda, consulte con ella —agregó el número de teléfono.

—No me sirve —dije.

—¿Por qué no?

—Apuesto a que ella es su chica.

—No, no lo es. Tengo buen gusto. Madeleine es una mujer fea y miope, aunque resulta un as en su profesión.

—Pero Madeleine haría cualquier cosa por usted, por ejemplo, mentir.

—Váyase al infierno.

—¿Quiere que le sacuda más, Maurice?

—Me pilló desprevenido.

—Muy bien. Vamos a celebrar el segundo *round*.

—No, ahora no. Me pegó demasiado fuerte... Mi cabeza no está en condiciones, pero aceptaré la revancha en otro momento.

Brigitte dejó oír su voz:

—¡Parecéis dos chiquillos en una pelea callejera!... ¡Ya basta de esa absurda situación!

Michael echó a andar hacia la escalera y ella se volvió.

—¿Adónde vas, Michel?

—A mi estudio.

—¿Es que piensas quedarte?

—Sí, claro, y Silvestre también se queda.

—No lo consentiré. Michel.

—Cariño, soy tu marido y tengo los mismos derechos que tú.

—No tienes ningún derecho. Esta casa es mía. Nuestro pacto matrimonial separó nuestros patrimonios. Yo conservo íntegramente mis ganancias pasadas, presentes y futuras... No te pertenece un solo franco de mis beneficios.

—¿Por qué me recuerdas eso? ¿Crees que no lo sé?

—Para que tu amigo el señor Silvestre sepa que no se puede quedar en esta casa sin mi autoridad,

—Muy bien, Brigitte —di.je—. Tú me darás la autorización para que me quede.

—Ni lo pienses.

—¿Por qué no eres más comprensiva? Aquí se ha cometido un crimen, tú lo sabes.

—Según están las cosas, el único que podría morir es tu cliente, Michel. De modo que llévatelo a otro lugar y vigílalo mientras duerme.

—¿No tienes ningún interés en saber quién mató a Gastón Portier? Si no estás comprometida en ese asesinato, te convendría que yo descubriese al culpable.

Brigitte titubeó unos momentos.

—Está bien. Puedes quedarte.

—Te lo agradezco mucho.

—Sin sarcasmos, Daniel.

—Venga conmigo. Silvestre —dijo Michel Prout.

Subimos la escalera. Su estudio estaba al final de un corredor. Era amplio y con una gran cristalera que permitía aprovechar los últimos rayos del sol.

Vi una docena de cuadros.

—Con que no eran manchas, ¿eh? —reí.

Los lienzos podían haber sido pintados por un mono loco, y para ello habría bastado ponerle la brocha en la mano.

—¿No le gusta ninguno? —preguntó Michel.

—Tendría que saber qué es lo que reflejan.

—Muy bien. Elija uno y yo se lo explicaré.

Señalé un lienzo en el que aparecían manchas rojas, verdes y amarillas.

—La revolución francesa —dijo.

—¿Estás seguro de que no es la rusa?

—Es usted un ignorante, señor Silvestre.

—He visto muchos cuadros de la revolución francesa. La toma de la Bastilla, por ejemplo, en él se veían gente con picas, cabezas cortadas, tipos del pueblo, mujerzuelas... Uno podía llegar a una conclusión rápida con respecto a lo que veía. Pero, ¿qué cuadro es este de la revolución francesa?

—Dígame, Silvestre, ¿cuál fue el objeto de la revolución de 1789?

—Derribar el absolutismo.

—Pero no fue realmente el pueblo quien hizo aquella revolución, sino la burguesía y los nobles arruinados. Ellos fueron los que influyeron en el pueblo para que se tomase venganza. Pero el pueblo ganó muy poco... Las manchas verdes significan la nobleza, las amarillas la burguesía, y las manchas rojas que son más pequeñas y acaban tenuemente, tragadas por las otras manchas, son el pueblo.

Se quitó la chaqueta y abrió un armario.

De pronto un cuerpo humano salió de él y cayó en el suelo.

Michel lanzó un grito.

Tenía motivo. El tipo que estaba en el suelo era su doble, Gastón Portier.

CAPÍTULO XI

—¡MÍRELO, SILVESTRE! ¡Es él!

—Sí, ya fuimos presentados.

—¡No estoy para bromas!

—No era broma.

—¡Lo degollaron!

—Le advertí que el cuchillazo era de los que hacen época.

—No me gusta nada su humor negro, Silvestre.

Michel estaba muy nervioso.

—Tranquilícese —le dije.

—¡Y un cuerno me voy a tranquilizar!

—Recuerde que le puse al corriente. Al tipo le habían dado matute.

—Pero una cosa es oírlo y otra verlo.

—Bueno, ahora lo está viendo con sus propios ojos.

—Y no me gusta nada.

—No, la verdad es que no está para un concurso.

—¡Señor Silvestre!

—Perdón, olvidaré mi humor negro durante los próximos tres minutos.

—¿Vamos a llamar a la policía?

—No, no vamos a llamarla.

—¡Este hombre fue asesinado!

—Sí, pero el comisario Monier no creyó en el crimen.

—Ahora creará, en cuanto vea el cadáver.

—Si el comisario Monier interviene en el caso, se armaría

mucho jaleo.

—Claro, pero son ellos los que deben investigar.

—¿Olvidó que soy detective privado y que me contrató por eso? Dijo que yo era un tipo estupendo para enfrentarme con fiambres como Gastón Portier.

—¿Qué piensa hacer?

—Esconder el cadáver.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Entiendo, según usted, solo nosotros sabemos que el cadáver por fin ha aparecido.

—Nosotros y otra persona más.

—El asesino.

—No han de ser necesariamente la misma persona. Alguien pudo matarle y otra persona distinta lo escondió.

—Pero, ¿por qué?

—Por la misma razón que nosotros no queremos llamar a la policía. Para evitar líos.

Michel se alejó del cadáver, sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Fui demasiado lejos, Silvestre.

—¿Ahora se da cuenta?

—No debí contratar a Gastón Portier. Pobre muchacho. Morir degollado como un cerdo.

—Da lo mismo una muerte que otra, porque su doble fue sentenciado. Y no creo que Gastón hubiese preferido morir después de despachar una ración de setas. Hace mucha pupa en el estómago.

Michel dijo casi gimiendo:

—Señor Silvestre, es usted insoportable.

—Lo siento.

—Usted ha visto muchos muertos, y yo muy pocos. Y hasta ahora, todos los que vi en la caja habían fallecido de muerte natural.

—Debería acostumbrarse.

—¿Por qué dice eso?

—Por nada.

—Yo sí lo sé, señor Silvestre. Ha dado por supuesto que me pueden matar... ¡Claro, es eso! Ahora saben que mataron a la persona que no debían. Gastón Portier era mi doble y ellos querían matar a Michel Prout... ¡Y Michel Prout soy yo!

—Calma, Michel, calma.

—Me iré de aquí.

—No puede marcharse.

—Claro que me iré. Ahora me parece estupenda la idea de Brigitte de irnos a un hotel.

—Yo me quedaré.

—Su obligación es acompañarme a un hotel.

—Se ha cometido un crimen y debo investigar. En el hotel no podré hacer nada.

—Claro que podrá hacer. Estar junto a mí. Custodiarme.

—¿Me contrató para eso? ¿Para ser su nodriza?

—No soy un niño.

—Si no lo es, lo parece.

Se dejó caer en un sillón, sollozando mordiéndose las uñas. En un momento determinado sus ojos se encontraron con el cadáver y lanzó un chillido histérico.

Fui a su lado y lo golpeé en la espalda.

—¿Dónde tiene el whisky?

—Allá, en el rincón.

Fui a por la botella de whisky, y escancié en un vaso.

—Ande, beba —dije.

—No quiero whisky.

—Necesita emborracharse.

—Nunca me emborracho.

—Esta es una ocasión muy solemne. Yo no me la pierdo —bebí.

—No se burle de mí, Daniel. Soy un pobre hombre víctima de su propia imaginación.

—Solo nos faltaba el melodrama.

—¿Cómo quiere que me sienta después de descubrir el muerto? Era mi amigo.

—Usted lo trajo aquí, y a pesar de todas las advertencias que le

hizo, sabía que podía matarlo. Cuando me llamó por teléfono me dijo que investigase un crimen.

—Sí, le repito que todo eso es cierto, pero una cosa es lo que piensa uno con la cabeza y otra la realidad.

—Muy bien. Le voy a quitar la realidad de encima.

—¿Qué quiere decir?

—Ahora lo verá.

Cogí al muerto y lo metí otra vez en el armario.

—Perdón —le dije al difunto y cerré la puerta.

Michel tenía el rostro cubierto con las manos. No había querido ver lo que yo estaba haciendo.

—Bien, ya puede echar una ojeada a su alrededor.

Se apartó las manos del rostro y observó el lugar donde poco antes estaba el cadáver.

—¿Dónde lo puso?

—Un pase mágico y desapareció. Bien, ya puede echar una ojeada a su alrededor. Premio. Ahora ya puede dormir tranquilo.

—Pero, ¿qué dice? — exclamó haciendo un gallo con la voz—. ¿Cree que voy a dormir aquí sabiendo que hay un muerto en ese armario?

—Usted lo acaba de decir. Está muerto. No le puede hacer nada.

—¡No piense ni por un momento que me voy a quedar! Se me ocurre otra idea, Silvestre.

—¿Cuál?

—Llévese el muerto.

—¿Adónde?

—A la sauna, naturalmente.

Me pareció buena su ocurrencia.

—Está bien. Me lo llevaré.

Fui otra vez al armario y me echó al muerto sobre el hombro.

—Hasta luego —dije con el muerto puesto.

—Habla usted como si se fuese de “picnic” con él.

—Es usted un desagradecido, Michel —contesté y salí de la habitación.

En el corredor no había nadie.

Me detuve en la escalera para recuperar fuerzas. Un muerto

pesa lo suyo.

Bajé la escalera, pero cuando estaba a mitad de ella oí una voz:

—Eh, ¿qué es lo que hace?

La voz había sonado a mi espalda. Volví la cabeza

—¿Por qué se desmayó Michel?

—No está desmayado.

—No me digas que se murió de un ataque al corazón.

—No, no es eso, y para que no sigas haciendo preguntas, te diré que se trata de Gastón Portier, el doble de tu esposo.

—¿Qué?

—Lo encontramos en el armario del estudio de Michel. Alguien lo metió allí.

—Esto es una pesadilla.

—Lo mismo pienso yo. Aquí me tienes con el muerto para arriba y para abajo.

—Daniel, no me gusta nada tu forma de tratar esas cosas.

—Bueno, hay una explicación. De pequeñito viví cerca de un cementerio. Fue en Lyon. Cada vez que pasaba un entierro cerca de mi casa ya iba detrás. Lo pasaba bomba viendo enterrar a los tipos que estaban encerrados en el ataúd.

Brigitte hizo rechinar los dientes.

—¡Vete al cementerio con él!

—No, no pienso ir tan lejos —dijo y continué mi camino hacia la piscina.

CAPÍTULO XII

LLEGUÉ a la sauna con mi carga fúnebre. Dejé al muerto en el suelo y me tomé otro descanso.

La piscina estaba solitaria, y tan solo había una luz a la derecha, junto a la casa.

Luego me eché otra vez el muerto en el hombro y entré en la sauna.

Una mujer gritó.

No, no era Brigitte. La mujer estaba delante de mí. Se cubría con un bikini. Yo no lo había visto nunca. Era una lástima que no la hubiese visto porque tenía un tipo sensacional. Sí, podía competir con Brigitte y aún le sacaba ventaja en muchos aspectos.

Era rubia, de unos veinticuatro o veinticinco años, ojos verdosos.

—¿Se mareó? —dijo señalando al muerto.

—Sí, para un buen rato.

—¿Por qué?

—Se le ocurrió meterse en el agua después de haber comido.

—¿Un corte de digestión?

—Eso es.

—¡No está mojado!

—Ya me pilló.

—¡Dios mío! ¡Está muerto!

—Sí, lo está, pero no se lo diga a nadie.

—Y usted lo mató.

—De ninguna manera. No mato a tipos como este. Era un buen

chico, ¿sabe?

—Pero si es el señor Prout.

—¿Lo conoce?

—Claro que lo conozco.

—¿Es usted algo de él?

—No. Pero soy la secretaria de Brigitte Ruffel. Nathalie Duval.

—Nadie me habló de una secretaria.

—Estuve fuera dos días y llegué hace un rato.

—¿Sabe alguien que llegó?

—Sergio. Pero, ¿quién es usted?

—Oh, sí, estamos en el momento de las presentaciones. Mi nombre es Daniel Silvestre, detective privado, para lo que guste.

—Eso quiere decir que lo asesinaron.

—Sí, pero no debo felicitarle, porque el corte que tiene en el cuello es para suponer eso.

—No me gusta usted nada, señor Silvestre.

—Usted, en cambio, me gusta mucho. Palabra.

—¿Qué va a hacer con el muerto?

—La verdad es que no lo sé.

—No me diga que lo trajo aquí para darle un baño de vapor.

—Ya que usted lo dice...

—Señor Silvestre, empiezo a comprender.

—¿De veras? Cómo lo celebro.

—Sergio me habló de un muerto, pero estaba muy nervioso y no le presté atención. La verdad es que lo creí ebrio.

—Pero ya ve lo que son las cosas. Sergio decía la verdad.

—Imagino que ahora llamará a la policía.

—No, no voy a hacer tal cosa. Sería demasiado enojoso para su jefe. ¿No cree usted?

—Oh, sí, claro.

—Me alegra que sea tan comprensiva. Espere un momento. Enseguida me reúno con usted.

Yo dejé a Gastón Portier donde había sido encontrado por Brigitte y salí de allí.

La secretaria de Brigitte se había lanzado al agua y se movía como una ninfa. Bueno, la verdad es que no he visto nadar a ninfas,

pero uno ha leído algo y está enterado de lo que hacían aquellos personajes mitológicos. Enamoraban en un bosque, en las montañas, en los árboles, o nadando como Nathalie.

Me senté en una hamaca, y al cabo de un rato, ella, vino hacia aquel lado.

Dio un salto y se sentó en el borde de la piscina.

—¿Dónde estuvo, Nathalie? Me refiero a los dos últimos días.

—Con mi hermana.

—¿Y dónde?

—En Burdeos. Se encontraba enferma. La internaron en un hospital. Fue sometida a una operación de apendicitis. Pero hoy pasó el peligro y decidí regresar.

—¿Desde cuándo es secretaria de Brigitte Ruffel?

—Cuatro años.

—¿Estás satisfecha?

—Claro.

—No lo dice con demasiada convicción.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que me ponga a dar saltos de alegría después de ver a ese muerto? A propósito, él no podrá permanecer ahí mucho tiempo.

—No, su lugar es el cementerio, pero antes tendrá que pasar por la morgue para que le hagan la autopsia.

—Deme un cigarrillo, estoy nerviosa.

Encendí un cigarrillo y se lo alargué.

Era francamente una maravilla de chica, algo espeluznante, una de esas mujeres que uno ve en las portadas de las revistas, o en el playboy.

Inhaló profundamente el humo del cigarrillo y lo expulsó por los dos agujeros de la nariz.

—No te creo una palabra, Nathalie —la tuteé—. Esa historia de tu hermana es tan falsa como inventada por Judas.

—Usted está loco.

—Es lo que me dicen siempre las personas que pillo en falta.

—Usted no me ha pillado en falta.

—Si investigo tu viaje a Burdeos apuesto doble contra sencillo a que descubro que no saliste de París.

—Por mí puede investigar hasta el día del juicio final.

—Sería mucho mejor que me dijese la verdad.

—No sé a qué se refiere.

—Estás metida en un lío, nena.

Ella parpadeó.

—¿De dónde saca eso?

—Porque eres todo un tipazo y se está cociendo algo gordo. Brigitte Ruffel es una actriz muy famosa y tiene mucho dinero. Seguro que has intervenido en esto.

—Voy a suponer por un momento que tienes razón —me tuteó también—. Que no fui a Burdeos, que me quedé en París.

—Tú mataste a Gastón Portier, creyendo que era Michel Prout.

—Es lo que yo te dije, estás chiflado.

—Di en el clavo, ¿eh?

—Ni por casualidad... Fui a Burdeos. Acompañé a mi hermana mientras la operaron. Sé toda la historia porque me la contó Sergio. Eso es todo, detective. Por mí te puedes tirar de cabeza a la piscina.

—No estoy en bañador. Tírate tú.

—Ya tomé mi baño

Se puso en pie y me dejó la garganta reseca. Decididamente era una mujer tan sugestiva como Brigitte

En confianza, para mí lo era mucho. Nunca me han gustado demasiado esas actrices que van de mano a mano, de hombre en hombre. Es posible que Nathalie no fuese un ángel, pero tenía una vida privada, suya y de nadie más.

Fue a alejarse, y la tomé por el brazo.

Ella se volvió hecha una fiera.

—Suéltame.

Su piel era satinada, suave al tacto.

—Tú y yo tenemos que seguir hablando, Nathalie.

—Claro, seguiremos hablando el día que nos encontremos en la calle, dentro de tres o cuatro años.

—¿Por qué no ahora?

—Porque nunca me han gustado los sabuesos.

—Quizá ha llegado el momento de que cambies de opinión con respecto a los sabuesos.

—No eres distinto a los que yo he conocido.

—¿Y has conocido a muchos?

—Bastantes.

—Te voy a demostrar que soy diferente.

La atrapé por la cintura, la atraje hacia mí y la besé en la boca.

Permanecimos así un rato, porque ella no hizo el menor esfuerzo por soltarse.

Al fin la dejé libre y Nathalie perdió el equilibrio retrocediendo unos pasos.

—Sin desmayarse, nena, sin desmayarse.

Me miró con los ojos llenos de fuego.

—Sí, hay diferencia.

—Gracias —le sonreí.

—Eres el más bruto de todos los sabuesos.

—Nuevamente gracias —le contesté haciendo una reverencia.

Alguien se puso a aplaudir.

Un tipo alto que había aparecido por la puerta de la casa. Podía frisar en los treinta y cinco años y era bien parecido, muy moreno. Lo identifiqué. Era el director cinematográfico Robert Menetiére, ex marido de Brigitte. Había sido su descubridor, quiero decir que Menetiére fue el hombre que sacó a relucir las brillantes dotes de Brigitte para la seducción. Hasta que tropezó con él, Brigitte solo había sido una estrellita que salía mucho en las portadas de las revistas cinematográficas. Pero nadie podía imaginar que ella se pudiese convertir en una de las máximas figuras del cine mundial, en competencia con las grandes divas americanas.

Robert Menetiére no estaba solo. Lo acompañaba un hombre rechoncho de unos cincuenta años, casi calvo, de mejillas coloradas.

Los dos vinieron hacia nosotros y Robert Menetiére dijo:

—Hola, Nathalie.

—¿Qué tal, señor Menetiére?

—¿Quién es él? ¿El nuevo aspirante a la mano de Brigitte?

—Que yo sepa, por ahora solo es un detective privado.

—¿Un detective privado? Vaya, un individuo raro para la colección de Brigitte —me sonrió—. Soy Robert Menetiére.

Me dio la mano y yo se la estreché.

Entonces el director dijo:

—Yo fui el segundo marido de Brigitte. Le presento al primero, el productor Bernard Pisot.

Pisot me sonrió gélidamente y dijo:

—Recibimos un soplo, señor Silvestre. Nos dijeron que aquí supuestamente se había cometido un crimen

—¿Y quién le dio el soplo?

—Un amigo de la policía.

—Entiendo, y ustedes pensaron que la víctima podía ser su querida Brigitte.

Robert sacudió la ceniza de su cigarrillo y dijo:

—Pisot, como primer marido, y yo como segundo ya formamos parte del pasado de Brigitte. No nos une con ella ninguna relación sentimental. Solo estamos unidos profesionalmente. Brigitte tiene comprometidas dos películas con el señor Pisot. Se han de rodar una por año y nos disponemos a realizar la primera. Si a ella le pasase algo o se viese involucrada en un asunto criminal, sería muy malo para el señor Pisot. Es la razón por la que nos hemos apresurado a venir aquí después de recibir la información de la policía.

—Su confidente debió decirles que no hubo tal caso criminal.

—Nos explicó que, según usted, señor Silvestre, había habido un asesinato, aunque eso no se pudo probar, por ello la policía hubo de marcharse.

—Ahora lo puedo probar.

Pisot gritó:

—¿De qué forma?

—Entren en la sauna y lo comprobarán.

Titubearon unos instantes, pero por último se pusieron en marcha hacia la sauna.

Entonces sonreí a Nathalie.

—Cariño, ¿a qué hora se cena en esta casa? —le pregunté.

Por una vez no contestó desabridamente.

—La cocinera y su marido deben haber regresado ya. No tardarán mucho en preparar la cena... Siento frío. Voy a mi habitación a cambiarme.

—Si necesitas ayuda, te podría echar una mano.

—Además de ser el más bruto de los sabuesos, eres el más caradura.

Dio media vuelta y se alejó hacia la casa.

Vi salir de la sauna a Robert Menetiére y a Bernard Pisot.

Robert cogía a Bernard por un brazo, como si este necesitase de sostén para no desmayarse.

En una mesita había varias botellas de licor y vasos. Escancié una ración de whisky y se la di al productor.

Bernard Pisot no pudo aceptar el vaso hasta sentarse en una silla.

—¡Cielo santo! ¡Michel Prout ha muerto!... Va a ser mi ruina...

—Se perdió poca cosa —repuso Robert Menetiére—. Era un vividor.

—Eso no me importaba a mi nada —exclamó Pisot—. ¿Es que no te das cuenta, Robert?... Es posible que acusen a Brigitte del crimen... Tú sabes lo que llevo invertido en la próxima película... Todos los contratos de distribución eran condicionales. Ahora, nadie estará dispuesto a adelantarme un franco... Estoy acabado... ¡Acabado!...

Se puso a llorar como un niño.

Robert chascó la lengua y me miró con una sonrisa irónica.

—Un día haré un “film” que se titulará “Las miserias del cine”.

—¿Y qué papel será el suyo? —le retuqué.

—Tocado —dijo—. Imagino que solo puedo hacer el de cínico.

—¿Lo es?

—La profesión me acusa de eso. Soy un hombre muy calumniado y todo porque utilizo mis estrellas como debo utilizarlas, sin tener en cuenta qué clase de relación me une a ellas.

Robert Menetiére tenía la costumbre de enamorar a sus estrellas. Con unas se casaba, y con otras tenía hijos. Iba por su cuarto o quinto matrimonio, ya les he dicho que de chismografía cinematográfica entiendo muy poco. Pero ahora que conocía a aquel tipo, resultaba verdaderamente interesante y no eran justos los del cine cuando decían que la cualidad mejor de Robert Menetiére era su audacia o cinismo. Poseía algo mucho más importante. Estaba claro que era un tipo inteligente. Eso se notaba a primera vista. Y también era muy dueño de sí mismo. La supuesta

muerte de Michel Prout no le había afectado lo más mínimo. Por el contrario, le resultaba casi divertida.

En aquel momento oímos pasos procedentes de la casa y una voz dijo:

—Buenas noches, amigos.

El productor y el director miraron hacia el hombre que los saludaba.

Yo era el único en saber que él era Michel Prout.

Bernard Pisot empezó a agrandar los ojos y de pronto dijo:

—¡Ha resucitado!... ¡Ha resucitado!

Saltó de la silla tratando de huir, pero siguió el camino que no debía y cayó en la piscina.

CAPÍTULO XIII

LA escena era tragicómica.

Bernard Pisot chapoteaba en el agua gritando:

—¡Apártenme ese muerto!...

Robert Menetiére permaneció impasible, mirando a Michel. Este echó a andar hacia la piscina y dijo:

—Deje que lo saque de ahí, señor Pisot.

Pisot lanzó un grito de horror y se hundió.

—¡Michel! —grité—. No siga la broma o habrá otro muerto.

Aproveché el momento en que Pisot aparecía en la superficie para atraparlo por el cuello.

Menetiére me ayudó y sacamos al productor de la piscina.

Le hice la respiración artificial, aunque Pisot no estaba en peligro de morir ahogado. Había estado muy poco tiempo debajo del agua.

Robert se fue hacia la mesa y se preparó un whisky. Después de beber un trago se echó a reír.

—Fue un divertido truco, Michel.

—¿Me lo compras?

—No, gracias. Tú sabes que yo no hago "films" de humor barato.

—Oh, sí, claro. Cambiarían las cosas si el muerto fuese una mujer. Apuesto a que serías capaz de hacer una gran escena de amor con el cadáver.

—No soy tan tortuoso como tú, Michel.

El pintor rio con ganas.

—Eso no lo creería ni Brigitte.

Yo estaba mirando al director y, cuando Michel nombró a Brigitte, su cara se descompuso. Pero fue un efecto muy rápido y enseguida volvió a sonreír.

—¿Quién es la víctima, Michel?

—Mi doble.

—Un inocente, ¿eh?

—Lo contraté para pegársela al asesino.

Me acerqué a Robert.

—¿Cómo ha sabido que el vivo era Michel y el muerto otra persona, Robert?

—Puedo equivocarme con un muerto, pero nunca con un vivo. Se lo explicaré mejor, señor Silvestre. Soy un director de cine, y lo crean o no los entendidos, mi especialidad es la dirección de actores. Soy capaz de convertir a un tipo vulgar en un buen artista. Es un valor que muy pocas personas me reconocen. Ese es mi secreto y no el “strip-tease”, como la mayoría asegura... Cuando vi el cadáver, pensé que era Michel, pero enseguida que apareció Michel y se puso a hablar, no tuve la menor duda de quién era cada cual. Michel era el payaso vivo.

—Muy bonita la explicación.

—Celebro que esté en mi bando, aunque mi descubrimiento no tiene ningún mérito. Michel es una de esas personas a las que yo identificaría entre mil millones. Posee las mejores condiciones para ello. Estupidez, vanidad, egoísmo, y una risita de conejo que le ayuda para engañar a los tontos.

Michel dio un paso hacia él con los puños levantados.

—¡No consiento que me digas eso!

—Tócame y te mando a la piscina, Michel.

El pintor abstracto se detuvo porque, indudablemente, estaba convencido de que, si tocaba a Menetiére, iría a parar a la piscina.

—Señor Silvestre —dijo—. Defiéndame.

—Hasta ahora no lo tocaron.

—Pero, ¿es que no oyó lo que dijo de mí?

—Palabras, y palabras, Michel. Ustedes son como perros y gatos. Yo vine aquí a investigar un crimen, no a poner en orden sus cuestiones domésticas.

—A propósito de crimen, señor Silvestre —intervino Robert—. ¿Ya sabe quién mató al doble de Michel?

—No, todavía no.

Bernard Pisot volvió en sí y gimió otra vez.

—¡Soy un desgraciado!... ¡Soy un desgraciado!...

Brigitte salió por la terraza.

—Pero, ¿qué escándalo es este? ¿Os habéis vuelto locos?

Estaba resplandeciente de hermosura con un vestido rojo muy escotado.

—A tu productor le dio un ataque de histerismo al enterarse de que estaba muerto —dijo Michel—. Luego me tomó por un resucitado.

—Es imperdonable lo que has hecho, Michel. Pobre Bernard.

Robert Menetiére le tomó una mano.

—Estás maravillosa querida.

—Viniendo de ti ese requiebro, es de un profesional.

Pisot pegó un salto en la silla y, para que no corriese otra vez hacia la piscina, lo atrapé por el brazo.

—¿Alguien quiere aclararle las cosas a este hombre? —sugerí.

Robert Menetiére dijo:

—Debes calmarte, Bernard. Por ahora, haremos la película. El muerto no es Michel.

—¿Y quién es él? —señaló al pintor.

—El verdadero Michel —contestó el propio marido de Brigitte.

En ese momento oímos una sirena policiaca y empecé a soltar una retahíla de maldiciones.

—¿Quién avisó a la policía? —inquirí.

—Yo —intervino Brigitte—. Y te diré el motivo. Daniel. No estoy dispuesta a que mi casa se convierta en un manicomio.

Pisot me señaló con el dedo.

—Señor Silvestre le pagaré cinco mil francos si se lleva ahora mismo al muerto.

—¿Y dónde está el helicóptero?

—Yo se lo pongo —contestó haciéndose un lío—. ¡Oh, Dios mío!, no puede ser...

Sí, era demasiado tarde.

Estaba sonando el carillón filarmónico.

Oímos voces, las de Sergio y los policías.

El comisario François Monier llegó a la piscina a paso de carga seguido del inspector Leclerc y los demás miembros del equipo.

El comisario se detuvo, puso los brazos en jarras y gritó:

—¡Espero que esta vez tenga mejores motivos para habernos llamado, señorita Ruffel!

—Está en su buena racha, comisario —le contesté.

—¿Hay cadáver?

—Lo hay.

—¿Dónde?

—Donde le dije que estaba.

El comisario fue hacia la sauna y entró allí seguido de sus muchachos.

Entonces, Bernard Pisot dijo:

—Robert, hay que tomar medidas para evitar que la publicidad nos perjudique.

—Esa es cuestión tuya.

—Tienes que ayudarme.

—No, Pisot, lo mío es la cuestión artística. ¿O va a creer lo que dicen de mí, que soy un agente de publicidad y no un director cinematográfico?

—Pero tú tienes ideas geniales.

—Solo cuando estoy creando para la pantalla.

—¿Es que no te das cuenta, Robert?... Esto podría ser favorable para nosotros, a condición de que se hiciese bien.

—Entonces ponte al habla con tu departamento de publicidad.

—Sí, no es mala idea. Jacques Laurin se encargará de todo.

Robert arrugó la nariz y dijo:

—Impondré una condición o romperé el contrato contigo, Bernard.

—¿A qué te refieres?

—Jacques Laurin no tiene que nombrarme para nada.

—Será necesario.

—Yo soy el que decide si es necesario.

—Pero no se puede evitar hablar de ti en un asunto como este.

—Entonces no lo muevas.

—¿Prefieres que sean los demás quienes hablen?

—De todas formas hablarán y como siempre me elegirán como víctima.

—Es lo que trato de evitar.

—No, Bernard, no quieres evitar eso, sino hacer la mayor propaganda a la película.

El comisario salió de la sauna en aquel momento y dijo:

—Bien, ya tenemos el cadáver. Ahora nos hace falta el asesino y, naturalmente, eso va a ser cosa fácil puesto que se encuentra aquí.

CAPÍTULO XIV

—COMISARIO —dije—, ¿cree de verdad que en el crimen hay lógica?

Me miró como si yo fuese un gusano.

—Usted se calla, Silvestre.

—Solo trataba de ayudarle ya que nos volvemos a encontrar.

—Eso me recuerda que le ordené que se marchase. ¿Por qué volvió?

—Por el resucitado —señalé a Michel—. Vino a mi oficina para que lo librase de sus perseguidores.

El comisario miró a Michel Prout.

—Es hermano gemelo del muerto, ¿eh?

—No, comisario —contestó el pintor—. Entre él y yo no existe nada.

—Venga conmigo a la sauna. Allí me lo explicará todo.

—Señor comisario, preferirla que eligiese otro lugar para nuestro diálogo. Ya sabe, por el muerto.

—Oiga, soy yo quien da las órdenes. Y es allí donde me lo va a contar todo, desde el principio al fin

—De acuerdo.

—Ah, y le advierto desde ahora que en su historia va a incluir al señor Silvestre.

—No se preocupe. Lo incluiré

Michel entró en la sauna como si allí le estuviese esperando la guillotina.

Brigitte dijo:

—La cena debe estar servida, y creo que a la policía no le molestará que nos reunamos en el interior de la casa y esperemos sus decisiones.

La idea fue bien acogida.

Bernard, el productor, fue el primero que se metió en la casa con mucha prisa. No quería perderme lo que iba a decir y lo seguí.

Entré en la biblioteca.

Cuando yo había descolgado el teléfono, me miré y dijo:

—¿Por qué no se va usted al comedor con los demás?

—Soy un curioso.

—No puede oír lo que yo hablo.

—Claro que lo puedo oír. No soy sordo.

Encontró el chiste deleznable, por qué arrugó la nariz como si oliese a podrido.

—No espere que lo contrate como guionista, señor, Silvestre.

—Prefiero que me contrate como sultán en una de sus películas. Quiero un montón de mujeres a mi alrededor.

Se dio cuenta que perdía el tiempo dialogando conmigo y marcó el número.

—¿Jacques?... Soy, yo, Bernard Pisot... Ha ocurrido algo sensacional... Mataron a Michel Prout... ¡No! ¡No!... No fue Michel Prout, sino a un tipo que se le parece mucho... No estoy ebrio... Me encuentro perfectamente, Jacques... Quiero que vengas aquí ahora mismo... a casa de Brigitte, naturalmente... No hables del asunto... No tardes, Jacques. Esto es una bomba, pero si explota muy cerca de mí, saltaré en pedazos...

Colgó y sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la frente.

—¿Lo organizó usted, Bernard? —le pregunté.

—¿Eh? ¿A qué se refiere?

—A la muerte de Michel Prout.

—¿Habla en serio?

—Cuando investigo un crimen, siempre hablo en serio.

—Es la primera vez que piso esta casa desde hace un mes.

—Ha podido pagar a alguien para que cometiese el crimen.

—¿Puedo preguntarle por qué se le ha ocurrido esa estupidez?

—Por su película, precisamente... Apuesto a que a usted no le gustó el enlace de Brigitte con Michel Prout. Ese matrimonio hace daño a su película, ¿verdad, señor Pisot?

—Oiga, no sé de qué me habla

—Me entiende perfectamente.

—Creí que el muerto era Michel

—Sí, eso ya lo sé. Pero no me gustó su comedia.

—¿A qué se refiere?

—A caerse en la piscina.

—¿Supone que lo hice intencionadamente?

—Sí.

—Lo que te dije. Usted está como un rebaño de cabras.

—Fue un buen número, señor Pisot. Se arrojó a la piscina, tragó agua y se desmayó. Fue su mejor coartada.

—Oiga, Silvestre, estoy mojado, y debo cambiarme. Ya hablaremos en otro momento...

—Como usted quiera, pero recuerde que es usted mi sospechoso número uno.

—Tendrá que borrarle de su lista.

—Eso va a ser cuestión de usted.

—No, señor Silvestre, no piense que yo le voy a ayudar en su maldita investigación. Todo lo contrario la impediré.

—¿De qué forma?

—Hablaré con la policía. Usted no puede estar en esta casa.

—Soy invitado de Brigitte.

—Entonces hablaré con Brigitte para que lo eche de aquí.

—No lo haga, señor Pisot —le golpeé con el dedo índice en el pecho—. No lo haga o le pesará.

Salió de la Biblioteca y se encaminó hacia la escalera. Por lo visto sabía dónde ir a por un traje sin necesidad de llegar al almacén.

Me fui al comedor.

Todos estaban sentados, comiendo. Unos lo hacían con mucho apetito, como el representante de Brigitte, otros sin él, como Robert Menetiére.

Nathalie formaba parte del grupo. Vestía un traje negro que era

un encanto.

Me senté a su derecha.

—Nena, estás comestible —le dije.

—Pues ten cuidado y no te confundas de solomillo...

—Será mejor que me hables mucho para evitar eso.

Un criado que no era Sergio servía la mesa.

Atrapé el cuchillo y el tenedor y me puse a cortar el solomillo.

—¿Por quién estás tú, Nathalie? — pregunté.

—¿Te refieres a un hombre en especial?

—Sí, a eso me refería.

—Por nadie.

—¿Nadie de aquí tampoco?

—Tú eres el muchacho más encantador de todos.

Moví el tenedor y el cuchillo hacia su brazo desnudo.

—Eh, eso no... —dijo.

—Oh, sí, perdona, pero sería mucho mejor que no me comprometieses.

El comisario Monier entró con Michel Prout.

El pintor se dirigió hacia su mujer, pero vio que las sillas de ambos lados estaban ocupadas, una por Robert, y otra por Maurice Courcel. Tuve la impresión de que iba a decir algo, pero por último vino hacia donde yo estaba y se sentó a mi lado.

El comisario carraspeó con suavidad. Iba a empezar su discurso.

—No quiero que salga nadie de la casa hasta nueva orden.

—Yo tendré que salir, comisario —dije.

—¿A qué?

—Tengo una cita.

—¿Con quién?

—Señor comisario, no esperará que saque aquí mis trapos sucios...

—Silvestre, le advierto que estoy muy enfadado con usted.

—¿Por qué?

—Por esconder un cadáver.

Arrojé la servilleta sobre la mesa.

—¿Han oído eso?... Traté de convencerle de que había un crimen y que el cadáver había desaparecido y ahora dice que yo

soy el culpable de que el muerto desapareciese.

—Quizá fue usted quien lo escondió.

—¿Cómo iba a hacer yo tal cosa?

—Silencio. Ahora no me interesa eso. Solo quiero al culpable.

Fui a contestar, pero él me detuvo con un gesto.

—Cierre la boca señor Silvestre.

—Lo que usted diga, señor comisario.

Por detrás de Monier apareció el inspector Leclerc, el cual le habló al oído.

—Disculpen —dijo el comisario y salió del comedor con su subordinado.

Regresó al cabo de unos minutos. Le acompañaba un hombre de unos treinta años, rubio, con cara granujienta.

—Buenas noches, Brigitte —saludó.

—¿Qué tal, Jacques?

—¿Dónde está el señor Pisot?

En ese instante se oyó un grito infrahumano. Venía del piso de arriba.

Me di cuenta que estaba más en forma que nadie, porque me levanté y echó a correr como una flecha hacia la escalera.

CAPÍTULO XV

SUBÍ los peldaños de dos en dos.

Otra vez oí el grito.

Venía de la segunda habitación a la derecha.

Abrí la puerta.

Bernard Pisot estaba sentado en una silla, y tenía el color de la muerte.

—Pisot, ¿qué le pasa?

Boqueó y soltó gruñidos ininteligibles. Le abofeteé la cara.

—Pisot, ¿qué es lo que tiene?

—Oí el grito —dijo.

—¿Dónde?

—Llegó del estudio de Michel. Me asusté mucho. Dios mío, parecía que alguien se estaba muriendo... Salí corriendo y choqué con el comisario.

—¿Otro muerto? —rezongó.

—Todavía no lo descubrí.

Entré en el estudio del pintor y tropecé con el cuerpo que había en el suelo.

El comisario apareció en el hueco y se detuvo.

—Es Sergio, el criado —dijo.

Estaba boca arriba, inmóvil.

El comisario se agachó sobre él y le puso una mano en el corazón.

—Ha muerto —dijo.

Entraron dos policías y luego Michel Prout, Robert Menetiére y

el agente de publicidad Jacques Laurin.

—¿Qué le pasa a Sergio? —preguntó Michel.

—Lo enviaron al otro mundo.

El comisario declaró.

—No tiene ninguna herida visible.

En la mesilla de noche había una botella de whisky. Mis pies tropezaron con vidrios rotos. Vi una mancha en la alfombra y declaré.

—Quizá esté ahí la respuesta, comisario. Al parecer, el whisky de esta botella no es de muy buena calidad.

Michel gritó:

—¿Quiere decir que estaba envenenado?

—Ya puede estar seguro de que Sergio bebió del whisky y se envenenó.

—¡Pero este es mi estudio! ¡Y si el whisky está envenenado quiere decir que estaba destinado a mí!... Aquí no entraba nadie, excepto Sergio y yo.

—Esta vez Sergio lo libró de la muerte —dije.

—Maldita sea, comisario. Debe atrapar a ese condenado asesino que ha tratado de matarme tres veces...

—Sé cuál es mi deber, señor Prout.

El inspector Leclerc estaba examinando el cadáver.

—Eh, comisario, el muerto tiene un papel en el bolsillo.

—Démelo.

Leclerc le alargó el papel que había encontrado en un bolsillo de la chaqueta de Sergio.

El comisario lo leyó para sí y desparramó la mirada por todos nosotros, hasta detenerla en Robert Menetiére.

—Señor Menetiére, queda detenido.

—¿Me detiene a mí? ¿Por qué?

—Por asesinato.

—¿De qué infiernos está hablando?

—La víctima lo acusó.

—¿Qué víctima?

—La que tiene ante sus ojos.

—¿Sergio escribió algo contra mí?

—Así es.

—Quiero conocer el contenido de ese mensaje.

—Usted lo debería saber.

—No lo sé, comisario.

—Muy bien. Entonces se lo leeré... “Yo, Sergio Gacon, declaro por la presente que Robert Menetiére me contrató por dos mil francos para matar a Michel Prout. Fue eso lo que hice, pero ahora al saber que fallé no puedo resistirlo. Menetiére ha preparado una botella de whisky envenenado para Michel Prout. He decidido acabar con mi vida. Ojalá sea perdonado”.

El comisario levantó la mirada del papel y terminó diciendo:

—Luego está la firma de Sergio Gacon.

—¡Eso es falso!

—Lo siento, señor Menetiére, pero seguiremos hablando en mi despacho.

Brigitte y Nathalie estaban en la puerta y lo habían escuchado todo.

Brigitte dijo:

—Señor comisario, la acusación de Sergio es absurda.

—¿Por qué es absurda?

—Robert es incapaz de matar a nadie.

—¿No tienen otro argumento que ofrecer, señorita Ruffel?

La joven se mordió el labio inferior.

El comisario hizo una señal al inspector Leclerc, el cual se acercó a Menetiére.

—Vamos, señor Menetiére —dijo y fue a cogerlo del brazo, pero Robert hizo un gesto para soltarse.

—No voy a huir.

Brigitte lo detuvo en la puerta.

—Robert, todo se aclarará.

—Sí, eso espero, aunque solo sea para hacer nuestra próxima película.

Bernard saltó de la silla:

—¡Comisario, usted no tiene derecho a arruinarnos!

—Lo siento, señor Pisot, pero la ley no hace excepciones con la gente del cine. Tampoco ellos pueden matar.

Brigitte se dirigió a mí.

—¿Quieres venir conmigo, Daniel?

—Desde luego.

Salimos del estudio y entramos en su habitación.

Brigitte me ofreció el paquete de cigarrillos y encendimos con la llama de mi mechero.

Después se puso a pasear de un lado a otro de la habitación. De pronto, se detuvo delante de mí y dijo:

—¿Qué conclusión has sacado?

—Ninguna.

—Seguro que se equivocan con respecto a Robert. Tienen que equivocarse —dijo y dio una patadita en el suelo.

—Cuidado, nena, te podrías fracturar la pierna y eso sería muy malo.

—Tú y tus condenados chistes. ¿Es que no te das cuenta de lo que esto significa para mí?

—Si lo dices por tu próxima película con Robert, puedes hacer otra con cualquier otro director... Hay muchos que estarán deseando tenerte entre sus manos, en el buen sentido de la frase.

—No quiero a cualquier otro director, sino a Robert.

—¿Te refieres a tu próxima película o a tu vida privada?

—Vete al infierno.

—¿Por qué no lo confiesas de una vez?

—¿Qué cosa?

—Estás enamorada de tu segundo esposo, de Robert, lo quieres, y estás deseando que él te pida que te cases otra vez con él.

—¿Sabes lo que eres tú?

—Me has dicho muchas cosas, pero si has pensado algún insulto original, puedes soltarlo.

—Te equivocas totalmente.

—¿No amas a Robert?

—No. Lo amé una vez, pero ya perdí todo interés sentimental por él.

—Entonces, ¿cuál es tu preocupación?

—Es un gran director, el mejor que he tenido... No lo supe entonces, cuando trabajé con él. Era demasiado joven, pero luego

he conocido el mundo del cine; me he relacionado con otros directores que son considerados como los más grandes de las listas entre los intelectuales y me he dado cuenta de que se equivocan. Robert ha sido insultado, y despreciado porque utilizó el erotismo en sus “films”. Pero, ¿qué han hecho los demás, los que, según las eminencias grises, son los genios del Séptimo Arte? ¡Copiar a Robert! Eso es lo que han hecho, utilizar también el erotismo, pero en su peor vertiente, sadista y masoquista... A Robert, lo consideraban como un director comercial. Ni una sola vez ha podido ganar un premio en un festival importante... sus películas han sido rechazadas por la crema, por la nata del mundillo cinematográfico, y resulta que Robert es uno de los grandes profesionales de nuestro tiempo. Esa es la auténtica verdad. Lo saben, muchos, pero en lugar de admitirlo, y pregonarlo a los cuatro vientos, se lo callan porque Robert es un hombre que despierta envidia, celos, rencores...

Sacudí la cabeza.

—Sí, ya me di cuenta.

—Lo consideran un cínico, pero no saben que Robert se ha tenido que cubrir bajo esa capa para luchar... Ellos hubiesen preferido que se humillase, que se retirase de la profesión... Pero Robert siente pasión por el cine, y como no lo quieren admitir entre los mejores, ha de seguir luchando. Por ello ha respondido a los ataques de la mejor forma que podía hacerlo, con ironía con sarcasmos, y haciendo películas...

Sobrevino un silencio.

—Has hecho una brillante defensa de Robert —dije.

—Es la primera vez.

—¿Y por qué no lo defendiste ante los demás?

—Porque todos pensarían lo mismo que tú, que estoy enamorada de él. Ten en cuenta que Robert me descubrió y que, durante dos años, fue mi esposo. No le haría ningún favor. Todo lo contrario, le perjudicaría. Es el propio Robert quien ha de conseguir la victoria sobre sus enemigos, con uno de sus films. Por eso he trabajado muchas veces con él y volveré a trabajar. Siempre pienso que la próxima película será en la que Robert demostrará su talento.

—¿Me has hecho venir para decirme eso?

—Y para algo más. Has de descubrir al asesino.

—Según el comisario, ya ha sido descubierto.

—El comisario se equivoca.

—Entonces, también se equivocó Sergio. ¿Por qué él iba a hacer esa confesión? Contesta.

—Es tu trabajo, Daniel. Hallar las respuestas.

—Ya tengo un cliente.

—Yo soy un cliente mucho más interesante que Michel.

—Sí, eso lo admito —dije observándola de pies a cabeza.

—Y te pagaré bien. Veinticinco mil francos si atrapas al asesino.

—Repite la cifra.

—Veinticinco mil francos

—Vaya, no era un sueño.

—No, no lo es. Pero te voy a convencer de un modo mucho mejor.

Se puso de puntillas y me besó.

En ese instante, oímos una voz en la puerta.

—No me gusta la forma en que invierte su tiempo, señor Silvestre.

Era Michel Prout.

CAPÍTULO XVI

ME aparté de Brigitte un poco aturdido.

—Disculpe, Michel, pero estaba sacando a Brigitte una china del ojo —dije.

—Podría pensar en otra cosa más original. Quiero hablar con usted.

—Muy bien. Vamos.

—No hace falta. Hablaremos aquí.

—Le escucho.

—Puede marcharse ya.

—¿Quiere decir que me despide, Michel?

—Sí.

—¿Lo dice por la escena que acaba de presenciar?

—Lo digo porque ya todo quedó aclarado.

—Su mujer Brigitte dice que no hay nada claro.

—Mi mujer podrá decir lo que quiera, pero es la policía quien decide. El asesino de mi doble ya murió. Fue Sergio, como él declaró. Pero Sergio solo era una marioneta manejada por Robert Menetiére...

—Sin embargo, voy a investigar.

—No puede, puesto que se quedó sin cliente.

—Tengo a otro.

—¿A quién?

—Su mujer. Me acaba de contratar.

—Te prohíbo que hagas eso, Brigitte.

Ella levantó la barbilla.

—Tú no me lo puedes prohibir.

—¿Crees que no sería preferible acabar de una vez con este jaleo? Comprendo que hayas sentido mucho la captura de Robert por la policía, pero ya oíste al comisario. La ley no hace excepciones con la gente del cine.

Intervine:

—Michel, su mujer piensa que Robert no es el criminal.

—No me interesa lo que opine Brigitte con respecto a Robert, Menetiére. Ella lo tiene en muy alta consideración. He oído decir que Brigitte pensaba ganar el Oscar americano haciendo esa película con Robert.; Y claro, ahora, el plan se derrumba... Bernard Pisot tampoco estará conforme con que su director sea el hombre que vayan a juzgar. Pondrá toda la carne en el asador para libertarlo, pero ni Brigitte, ni Pisot, lograrán nada. Lo importante para la policía es la confesión de Sergio. Dígame, señor Silvestre, ¿qué abogado podrá luchar contra eso?

—Admito que las cosas están difíciles.

—¿Solo difíciles? —sonrió Michel—. Se queda corto, señor Silvestre. Yo diría que para Robert Menetiére las cosas se han puesto imposibles...

El pintor abstracto dio un bostezo.

—Señor Silvestre —agregó—, por fin voy a descansar una noche después de mucho tiempo. Mañana le enviaré el resto del dinero. Imagino que bastará con un cheque.

—Sí desde luego.

—Con ello quiero indicarle que soy buen pagador, a pesar de que mi asesino fue descubierto gracias a un elemento casual, o sea ajeno a su actuación. Buenas noches.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

—Será mejor que nos separemos, Brigitte —dije.

—¿Puedo contar contigo?

—Sí.

—Gracias.

Bajé la escalera y me dirigí a la biblioteca

Allí estaban reunidos Bernard Pisot, el agente de publicidad Jacques Laurin, y el representante de Brigitte. Maurice Courcel.

Era una sesión de Alto Estado Mayor.

—¿Quién puede dirigir la película, Jacques? —preguntaba Bernard Pisot.

—Joseph.

—No me gusta.

—Ha alcanzado un gran éxito con la última película que ha rodado en Londres. Tendremos a toda la crítica especializada de nuestra parte. Ellos prefieren a Joseph antes que a Robert.

—Joseph es insoportable.

—Lo que importa son los resultados. Joseph es un director consciente.

—Joseph encarece mucho las películas. Seguro que no tendremos bastante ni doblando el presupuesto.

—Se le puede vetar la cuestión financiera.

—Tú sabes que eso no se puede hacer con Joseph. Aceptará el veto financiero, pero, cuando esté trabajando, pedirá que se aumente el presupuesto y nosotros nos tendremos que doblegar a su deseo. Es su martingala, la ha utilizado en sus cuatro últimas películas.

—Entonces, no sé quién pueda dirigiría. Me refiero, naturalmente, a un director de categoría.

No me interesaba el diálogo y fui a salir.

—Señor Silvestre —me llamó Bernard Pisot.

—¿Qué quiere?

—Me gustaría mucho que dejase de enredar.

—No puedo.

—Echaré mano a la policía, si es preciso.

—Será mejor que se esté quieto, Pisot. Brigitte me ha contratado. Es mi cliente.

—Eso es absurdo.

—Consulte con ella.

—Claro que consultaré, y en los próximos quince minutos le retirará sus poderes.

—No me otorgó poderes.

—Usted sabe a qué me refiero.

—¿Por qué tiene tanto interés en que me marche, Pisot?...

—Me pone nervioso su presencia...

—Todavía no me ha preguntado para qué me contrató Brigitte.

—Dígalo usted.

—Ya lo debía imaginar. Para encontrar al verdadero culpable.

—El culpable es Robert Menetiére.

—Señor Pisot, me extraña que usted diga eso.

—No lo digo yo. Lo dijo Sergio.

—Pero a usted le convendría que Sergio estuviese equivocado. De esa forma, usted no tendría problemas para su película. Siendo Robert Menetiére inocente, él podría dirigir.

—Soy un hombre realista, señor Silvestre... Tal como están las cosas, nadie podrá sacar a Robert en libertad. Y no querrá que yo suspenda mi película por un plazo de diez años.

—No, me temo que, para entonces, al público no te interesará Brigitte.

—Entonces estamos de acuerdo en que debo buscar a otro director, ya que no puedo hacer nada por demostrar la inocencia de Robert.

—Bueno, ese va a ser mi trabajo —contesté y, antes de que pudiese agregar nada, salí de la biblioteca.

Necesitaba pensar y me fui a la piscina.

Nathalie estaba allí, aunque ahora no se cubría con el bañador, sino con su vestido de noche. Fumaba un cigarrillo.

—Hola, Daniel.

—¿Cómo van las cosas?

—Estoy terriblemente desmoralizada.

—¿Por lo sucedido?

—¿Qué otra cosa podría ser? Robert Menetiére es un tipo odioso, insultante, pero hasta para él fue demasiado convertirse en un criminal.

—Es demasiado para cualquiera.

—Ahora le bajarán los humos.

—Quizá le sirva de experiencia, y para cuando salga dentro de unas horas, se vuelva más humano.

—¿Estás hablando en serio?

Se echó a reír.

—¿Y cómo va a salir dentro de unas horas? ¿Crees que la policía

se va a dejar hipnotizar por Robert?

—¿Te dejaste hipnotizar tú?

Borró la sonrisa de sus labios.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me ha bastado hablar contigo acerca de Robert, mirarte a los ojos antes y ahora, para saber que Robert era el hombre de tus sueños. Lo cual quiere decir que me mentiste cuando te lo pregunté antes.

—Muy bien. Era mi hombre.

—Cuéntame la historia.

Nathalie cruzó los brazos y miró hacia la otra parte de la piscina.

—Robert me embaucó como a otras mujeres. Es su especialidad, su otra profesión. Me enamoré perdidamente de Robert y él me abandonó como se abandona una prenda algo gastada. Sí, Daniel, no te puedo mentir. Me alegro mucho de que lo hayan atrapado. Y si lo condenasen a morir en la guillotina, no vacilaría en ser yo quien pusiese en marcha la cuchilla...

CAPÍTULO XVII

HABÍA mucha gente que odiaba a Robert Menetiére. Pero eso debía admitirlo como cosa normal tratándose de gente del cine. Conocía a periodistas cuya especialidad era la cinematografía, a actores secundarios, a extras, y me habían explicado con detalle qué clase de mundo era el del cine. Pero todo ello daba una pálida idea de la realidad. Aquellos hombres y mujeres eran como chacales, como fieras de una jungla dispuestos a matarse unos a otros por un puesto en el banquete. Eso explica por qué son tan frecuentes los suicidios entre las personas dedicadas al llamado Séptimo Arte. La lucha permanente que tienen planteada, su constante representación de un papel, ya fuera de escena, acababa por minar su interior, y un día u otro llega la explosión...

Allí tenía a una de las víctimas de aquella forma de vivir, a la encantadora Nathalie, secretaria de la estrella del momento, Brigitte Ruffel.

Nathalie estaba dispuesta a ser quien pusiese en marcha la cuchilla para decapitar a Robert Menetiére ¿Habría sido capaz de hacer algo más?

Para entonces, mis ideas se estaban aclarando mucho con respecto a lo que había sucedido en la casa del crimen.

Solo me faltaba un par de piezas para encajar. ¿O era demasiado iluso y mi teoría se vendría abajo como un castillo de naipes cuando alguien le diese un sople?

—Te ha impresionado, ¿verdad? —dijo Nathalie.

—No mucho.

—Según tú, yo también puedo ser una asesina desde el

momento en que deseo esa clase de muerte para Robert.

—Cualquiera puede ser un asesino. Basta que aparezca un móvil. Por ejemplo, tomemos tu caso, ¿qué móvil podías tener? Solo tu odio hacia Robert. Pero, ¿habrías sido capaz de matar a Michael Prout para hacer recaer la culpa sobre Robert Menetiére?

—Da tú mismo la respuesta, Daniel.

—Muy bien, lo haré —hice una pausa—. No creo que lo hayas hecho.

—¿Y cuál es la razón?

—La más importante de todas. Eres una mujer impulsiva. Si tú hubieses odiado a Robert hasta el punto de matarlo, lo habrías hecho por ti misma, quiero decir sin valerte, de un procedimiento tan tortuoso... No habrías sido capaz de matar a Michel Prout para que recayese la culpa en Robert Menetiére.

—Me quitas un peso de encima.

—Espero que alguna vez Robert se acuerde de ti.

—No seas tonto, Robert ya no significa nada para mí. Te he explicado una historia pasada, y te voy a dar una prueba.

Se puso en pie, vino hacia mí y me pasó el brazo por el cuello.

—Nena, no hagas nada sin sentirlo de verdad.

—Esto lo siento de verdad —dijo y aplastó su boca contra la mía.

Fue un beso cálido, húmedo.

Apartó su cara unas pulgadas y me miró a los ojos.

Su piel olía a jazmín.

—¿Estás ya convencido de que Robert no significa nada para mí?

—Bueno, puestos a elegir, necesitaría otra prueba.

—Sigues siendo un caradura.

—No lo puedo remediar cuando me dan tantas facilidades.

Ella rio alegremente, y se alejó hacia la casa.

No sé si esperaba que fuese detrás, pero yo no tenía tiempo para festejos.

Encendí un cigarrillo y me fui a la sauna.

Allí habían matado al doble de Michel Prout, a Gastón Portier.

Deseé tomar un baño. De modo que me desnudé.

Fue bueno. Mi cuerpo empezó a sudar y me relajó.

De pronto oí un ruido a la entrada.

—¿Quién es?

No obtuve respuesta.

Sentí un escalofrío. Mi ropa estaba en un armario y allí tenía yo mi pistola.

Maldita sea. Me iban a asar como a un pollo, pero no con baño de vapor, sino con fuego de balas.

Miré hacia arriba. Tas paredes eran lisas, sin ningún mampero de separación por donde pudiese saltar a la otra parte.

Corrí hacia la llave y le di vuelta a la izquierda con rapidez.

El vapor salió con fuerza, espeso.

Enseguida se formó una nube que me impidió ver más allá de un palmo.

Entonces me retiré hacia el fondo de la estancia.

Oí los pasos que llegaban a la puerta.

Ya estaba allí el asesino. Me acuclillé.

Entonces, sonó un estampido suave.

La bala golpeó arriba de mi cabeza.

Estaban disparando con un silenciador, y eso me hizo recordar lo que me dijo Michel Prout cuando sufrió su primer atentado.

Dispararon por segunda vez.

La bala hizo otro desconchado en la pared.

Estaba claro que aquel fulano iba a seguir disparando, y nadie podía venir en mi auxilio porque los estampidos no se oirían en la casa.

Sobrevino el tercer disparo y entonces lancé un grito como si hubiese sido alcanzado.

Me apresuré a cambiar de lugar y me dejé caer en el suelo.

El bastardo disparó por cuarta vez y su proyectil me quemó el costado.

Luego oí que los pasos se alejaban.

El asesino me había dado por muerto.

Yo estaba empapado de sudor, o quizá me había convertido en agua.

Me estaba asfixiando. En aquel cubículo no quedaba ya la

menor brizna de oxígeno, o eso era lo que me parecía a mí.

Me arrastré hacia la llave a punto de perder el sentido y la hice girar hacia la derecha.

Luego salí de allí tambaleándome.

Si el asesino estaba fuera, de nada habría servido mi estratagema, porque me tumbaría definitivamente. Pero no podía entretenerme en averiguarlo.

Caminé hacia la piscina. Un paso, dos, tres...

Llegado al borde, me dejé caer en el agua.

Fue confortador aquel contacto frío. Me zambullí dos o tres veces, y luego quedé en la superficie, moviendo muy poco las piernas, solo para no hundirme.

Fue pasando el mal rato. Por último, subí por la escalerilla, y volví a la sauna.

Mientras me vestía, hice ejercicios de flexión con las piernas y con los brazos. La sangre volvía a funcionar por mis venas devolviéndome las energías perdidas.

Finalmente, me dirigí a la casa.

Subí las escaleras, crucé el corredor y me introduje en el estudio de Michel Prout sin llamar.

Michel estaba pintando.

—Hola, Michel.

Interrumpió su trabajo y me miró con las cejas enarcadas.

—Déjeme en paz, Silvestre. Estoy trabajando.

No le hice ningún caso. Eché a andar y me senté en un sillón.

Michel quedó de espaldas.

—¿Qué quiere ahora, Silvestre?

—Usted me contrató para que investigase un crimen, recuerde.

—Sí, pero ya todo quedó aclarado.

—Es cierto.

—Celebro que dé por terminado su trabajo... Ahora debo seguir pintando y no lo puedo hacer si está usted conmigo.

—¿Se le va la inspiración?

—Sí, señor Silvestre. Mi pintura es algo muy personal. Necesito la paz, el sosiego. No puedo distraerme lo más mínimo.

—Hay una diferencia entre nosotros con respecto al crimen.

Usted se refiere a que quedó solucionado el caso, porque tienen a Robert Menetiére. Pero él no es el asesino. No tuvo que ver con la muerte de su doble Gastón Portier. Tampoco él le envió a usted la botella de whisky para cargárselo, el whisky que sirvió para que, supuestamente, Sergio se suicidase.

—¿No cree en el suicidio de Sergio?

—En absoluto.

Se volvió hacia mí.

—Señor Silvestre, posee usted una imaginación volcánica. Yo creo que las evidencias acusan a Menetiére. Y lo del suicidio de Sergio prueba que el criado era cómplice de ese director de pacotilla.

—¿Y cómo pensaba justificar mi muerte, Michel?

—¿Eh?

—Hace un rato usted me hizo cuatro disparos de pistola en la sauna.

—¿Por qué iba a hacer yo tal cosa?

—Porque yo me he convertido en el hombre más peligroso para usted, y tenía razón, Michel. Ya sé que usted es el único asesino.

CAPÍTULO XVIII

MICHEL PROUT se echó a reír.

—¿Qué espera, señor Silvestre? ¿Qué le aplauda?

—No, no espero que me aplauda, porque soy el hombre que se va a convertir en su verdugo.

—Usted no será mi verdugo.

—Lo entregaré a la policía, Michel.

—¿Cree usted que bastará con eso? ¿Qué les dirá usted?

—Les contaré la bonita historia de cómo pretendió pegármela... De cómo representó una comedia anta mis ojos.

—¿Por qué iba a hacer yo tal cosa?

—Necesitaba un elemento extraño para poner en marcha su plan, y me eligió a mí, porque la persona más adecuada.

—Ha perdido el juicio.

—Nunca atentaron contra su vida, Michel. Ese es el comienzo.

—¿Y por qué iba a poner yo un doble en mi lugar?

—Porque usted mismo lo iba a matar, y esa sería la pieza que haría saltar la trampa donde finalmente caería Robert Menetiére...

—¿No le parece demasiado complicado?

—Sí, complicadísimo.

—Si quería perder a Robert Menetiére, ¿por qué no contraté a alguien que lo matase?

—Porque la policía hubiese investigado y eso significaba ponerse usted en peligro. Con su plan, usted quedaba libre de sospechas. Usted iba a aportar pruebas de la culpabilidad de Robert Menetiére, como así ha sido.

—¿Se refiere a la confesión de Sergio?

—Desde luego. Esa confesión la escribió usted, Michel.

—¿Yo?

—Sí. Es un pintor, un artista. Debe tener facilidad para eso. Naturalmente, antes de escribir la carta debió pasar mucho tiempo ensayando hasta asegurarse de que su carta era perfecta.

—Hay un fallo en su historia, señor Silvestre. Yo le llamé a su oficina. Usted fue a mi casa y encontró muerto a Gastón Portier.

—Llevaba aproximadamente una hora muerto y eso significa que usted lo mató primero, y luego me hizo la llamada telefónica para que acudiese al número 314 de la Avenida de Ankara.

—Fantasías.

—Su plan era bueno, puesto que aparecía usted como víctima. Supuestamente, se valió de su sagacidad para impedir que lo matasen, y eso fue posible porque conocía a un hombre semejante a usted que vivía en Marsella, Gastón Portier.

Michel se volvió hacia el cuadro.

—Señor Silvestre, si ya terminó, márchese.

—No, no he terminado...

—Hay algo que destruye totalmente su teoría. ¿Cómo pude matar a Sergio? ¿Recuerda? Yo estaba en el comedor con usted cuando oímos el grito de muerte. Usted habló con Pisot, y él le dijo que también oyó el grito procedente de mi estudio. ¿Va a decir que yo maté a Sergio, lo mismo que a Gastón Portier, con anterioridad, y que después de muerto él lanzó un grito?

—Eso me inquietaba tanto que rechacé la posibilidad de que usted fuese el asesino.

—Gracias.

—Pero ya lo he admitido de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque usted pudo conseguir que el muerto gritase.

Me miró otra vez, con aire divertido.

—¿Está usted asegurando que soy capaz de resucitar a las personas?

—Sí, se podría llamar así. Las puede resucitar para que testimonien en su favor. Fue lo que hizo con Sergio, testimoniar en su favor con su grito, ya que lo lanzó cuando usted estaba en

compañía de otras personas —me puse en pie y eché una ojeada a la habitación.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó Michel.

—El grito de Sergio.

—No le comprendo.

—Supongamos que usted hubiese registrado en cinta magnetofónica el grito de Sergio. Pudo sacárselo por cualquier motivo, bromeando con él... Eso sería fácil para cualquiera... Naturalmente, también lo era para usted... Usted contrató a Sergio para matar a su doble. Fue Sergio quien mató a Gastón y quien más tarde lo escondió cuando yo descubrí el cadáver en la sauna. No lo trajo aquí, lo escondió entre los arbustos y más tarde hizo el definitivo traslado hasta el armario donde usted lo encontró ante mi presencia.

—¡No he oído una historia más fabulosa en todos los días de mi vida!

—Sí, admito que es fabulosa, pero no me negará que es una maravilla de ingeniería... —hice una pausa Y tras sonreírle dije—. Usted dispuso el magnetofón con la cinta del grito de Sergio en algún lugar. Pero ha de estar aquí, y no me extrañaría que continuase en el escondite, puesto que ha confiado en que todo se solucionó —mientras decía esto, seguí buscando,

—Busque si es su gusto.

Por sus palabras deduje que me encontraba lejos del lugar donde podía estar la cinta magnetofónica. Me moví hacia la derecha.

Él se encogió de hombros.

—Está usted loco —se puso a pintar.

No, aquel sitio tampoco era el bueno.

Me fui hacia el otro lado de la habitación, cerca de la puerta. Allí una mesa. Me puse en cuclillas.

—¿Qué hace? —gritó Michel.

Sonreí. Me había acercado mucho a su escondite.

No, debajo de la mesa no había nada.

Me puse en pie y mis ojos tropezaron con la lámpara que descansaba sobre la mesa.

La atrapé y la observé atentamente. Contaba de dos partes que

entraban a rosca. Hice dar vueltas a la pieza superior y en un instante me quedó con ella en la mano. Miré los dos huecos. En el primero nada, pero en el segundo había algo, el magnetofón.

Miré a Michel. Estaba pálido como el cadáver de su doble.

—¿Lo ve, Michel? Fue así como lo hizo.

—¡Estuve con el comisario!

—No sea infantil. Estuvo con el comisario, y en un momento determinado él lo dejó libre, y usted, en vez de ir al comedor, se fue a su estudio, donde previamente había citado a Sergio.

—No puede probar nada de eso.

—Puedo hablar con el comisario, y él me confirmará que no estuvieron todo el rato juntos, quiero decir desde que lo hizo entrar en la sauna hasta el momento en que ustedes dos entraron en el comedor.

Por la expresión de su rostro, comprendí que había dado en el clavo.

—Invitó a Sergio a un trago de whisky, y él bebió sin dar ningún grito porque el veneno lo fulminó. Luego le dejó en el bolsillo la carta que había falsificado, puso el magnetofón en marcha y se fue al comedor. De esa forma, Sergio pudo gritar cuando ya llevaba un buen rato muerto.

Sacó del bolsillo una pistola.

—Estúpido —dijo.

—No deben quedarle balas, Michel. Disparó demasiadas en la sauna.

—Todavía quedan. Con una me bastará para volarle la cabeza.

—¿Y cómo justificará mi muerte? ¿Con otro suicidio?

—Ya lo pensaré más tarde. Pero quizá lo mate aquí y traslade su cuerpo muy lejos. Sí, eso será lo mejor.

Si Michel hacía aquello, podría alzarse con la victoria. No me gustó.

—Michel, usted necesita los cuidados de un siquiatra, y yo me voy a ocupar de eso —moví la mano hacia el teléfono.

—Si toca eso, lo mato.

No lo toqué, claro.

—Michel, ¿qué fue lo que le impulsó a cometer esos crímenes?

—Estaba harto de Robert Menetiére.

—¿Por qué estaba harto?

—Porque fue el esposo de Brigitte, y ella estaba hablando constantemente de él. Era su modelo de hombre para todo. Brigitte me despreciaba. También Menetiére me miraba como un escarabajo. Y los demás. Nunca se dieron cuenta de mi talento... Brigitte debió conformarse con que yo fuese su esposo... ¡Es ella la que tenía que pedirme de rodillas que no nos divorciásemos! Sin embargo, la misma noche de nuestra boda me insultó, me dijo que no estaba dispuesta a soportarme un día más. Ella hizo eso, ¿lo entiende?... He querido darles a todos una lección y probarles que soy un genio. Ahora no consentiré que Brigitte se divorcie de mí. Presentaré mi exposición en Nueva York, y allí sabrán que soy el pintor con más talento del mundo. Brigitte estará satisfecha de mí... Yo prescindiré de ella cuando no la necesite. Brigitte no se da cuenta de que su arte pasará. Es mi arte el que será eterno. Dentro de veinte, cuarenta años, Brigitte solo será un recuerdo de su álbum cinematográfico, y mis obras, mis pinturas, estarán en los más importantes museos del mundo...

Si le dejaba terminar su largo discurso, no habría salvación para mí.

Le arrojé la mitad de la lámpara y yo fui detrás.

Logré un blanco porque la lámpara le golpeó en la mano.

Sonó un disparo y la bala que salió de la pistola se enterró en el suelo.

Yo caí con Michel y lo arrastré por el suelo.

La puerta se abrió de golpe y el comisario Monier dijo.

—He estado escuchando desde hace un rato, señor Prout.

Yo tenía a Michel aplastado contra la alfombra. Sus ojos se desorbitaron poco a poco mirando a Monier, que se acercaba hacia él.

—Lo detengo en nombre de la ley, señor Prout.

Me puse en pie con la pistola de Michel y se la entregué a Monier.

—Es suyo, comisario.

Monier carraspeó, pero no me gusta oír disculpas.

Di una palmada en la espalda del comisario y eché a andar.

El inspector Leclerc me sonrió guiñándome un ojo.

Entré en la habitación de Brigitte.
Se cubría con un delicioso camisón.
—Quedó solucionado, Brigitte.

Me miró asombrada, parpadeando.

—¿Qué quieres decir?

Le conté la historia de lo que había pasado en su casa.

Cuando terminé, se acercó a mí sonriendo. Me puso las manos sobre los hombros y dijo:

—Eres el chico más estupendo del mundo.

Luego me besó en los labios.

—Eh, no me gustan los besos de agradecimiento —dije y me limpié la boca con la mano—. Envíame el dinero mañana a mi oficina.

—Eh, Daniel, ¿adónde vas? —preguntó viéndome dirigirme hacia la puerta.

—A mi casa. A dormir. Yo también necesito descansar, e imagino que ahora te reunirás con Robert Menetiére para celebrar vuestra reconciliación.

* * *

—¿Anne-Marie? —llamé.

No me contestó nadie y pensé que se había dormido.

Encendí la luz, pero el sofá estaba vacío.

Anne-Marie había cumplido su promesa de marcharse si no me quedaba con ella.

Bueno, a dormir, muchacho.

Me desvestí, me puse el pijama y me fui al cuarto de baño a lavarme los dientes, porque soy un chico muy aseado.

Oí un ruido.

Sentí un escalofrío en la espalda recordando la escena en la sauna, cuando Michel trató de meterme varias balas en el cuerpo. No, ahora no sería eso porque Michel estaba preso.

Abrí la puerta del cuarto de baño y quedé sorprendido al ver que la luz de la otra habitación se había apagado. Algo se movía, en el sofá.

Fui hacia allí.

—Anne-Marie —dije.

Unos brazos cálidos rodearon mi cuello.

Unos labios me besaron.

—Desde el principio supe que eras un fresco, Daniel.

Sí, hermanos, el sofá estaba otra vez lleno, pero no con Anne-Marie, sino con Brigitte.

FIN

